
CAPÍTULO PRIMERO.

Antecedentes necesarios.

Ántes de convertir los ojos al año que nos proponemos historiar, describirémos los meses últimos del año anterior como premisa indispensable al desarrollo lógico de nuestro importante trabajo, y sin más exordio, entramos de lleno en los asuntos de mayor interes político.

Porfian los cortesanos del Pontífice, pues hasta ellos alcanzan las competencias de nuestra vida, por interpretar cada cual á su guisa, y todos á derechas, el pensamiento inefable contenido en la conciencia infalible de su enorme oráculo. En otros tiempos, tales porfías, dada su magnitud, empeñaríanse por los claustros ó por las aulas; mas en este nuestro siglo se urden y empeñan, natural resultado del tiempo presente, por las columnas de los periódicos diarios. *Il Observatore Romano* pareció, quizás á causa de su vetustez, sobradamente inclinado á la reaccion, y se publicó hace poco *L'Aurora*, más inclinado en su naci-

miento á las conciliaciones. Ahora se conoce que no ha bastado *L'Aurora* como intérprete veraz de las ideas abrigadas en las cimas del Vaticano, y se funda otro diario que lleva por nombre *Il Godofredo*. Parecía que, dada la inmarcesible aureola cuyo nimbo rodea las sienes del rey vírgen y santo, su nombre místico estaba destinado, en el vocabulario eclesiástico, á expresar cosas más bien sobrenaturales que naturales, perdidas allá en las cimas del cielo y en los misterios de la eternidad; algo como esos espíritus puros, etéreos, invisibles, los cuales traen el aliento creador á los mundos ó llevan al Empíreo el eco de la plegaria universal, en sus continuos aleteos y en sus descensos de lo infinito á lo finito y en sus ascensiones de lo finito á lo infinito. Mas hanlo pensado de otra suerte los buenos eclesiásticos vaticanos, y acaban de lanzar un prospecto poniendo á Godofredo por cobertera..... ¿de qué? preguntaréis. Pues de una lotería. Convencidos, sin duda, los piadosos sacerdotes de que no basta con la santidad incomunicable de sus ideas y con la virtud indecible del nombre adoptado para llamar suscritores, han decidido repartir á cuantos se abonen unos billetes que, si os tocan alguna vez, os dan derecho á decir tal ó cual número de misas, despues de las cuales puede caer sobre vuestra frente pecadora tanta lluvia de indulgencias que os regeneren y os

den la santísima bienaventuranza. No he visto jamás combinación tan bien urdida como la mezcla y aligación de los arrebatos y arrobamientos y éxtasis religiosos con cosas tan mezquinas de suyo como los juegos de azar. Si el fomento de la lotería es todo lo que tienen á mano esos eclesiásticos para conducirnos al cielo, tememos que sus crédulos suscriptores vayan á dar en las garras de Satanás, por haberse alzado á mercaderes como aquellos despedidos por Jesús de la eterna casa de su padre. Y luego se maravillan estos señores de la general impiedad, cuando ellos arrojan los cálices á la fundición donde se acuñan las monedas.

Nadie ha pugnado como yo para que la democracia reconociese de grado su origen evangélico y acatase á la Iglesia católica en vez de promover disentimientos religiosos, propios tan sólo para sembrar guerras en los ánimos y detener y retardar el movimiento de todos los progresos. Pero debo decir sin reserva que muchos de los conflictos lamentados provienen de la enemiga del clero á las públicas libertades y al espíritu moderno. Esos obispos, que percibiendo un sueldo de la República y gozando las preeminencias ofrecidas por un Estado tan poderoso como el Estado de Francia, desacatan la civil autoridad tanto como los demagogos y atizan la guerra civil tanto como los legitimistas, ¡oh! parecen resueltos en conciencia

y adrede á quitar almas á la religion y tender el desierto en torno de los altares católicos. Creeríamos imposible que uno de los prelados del Mediodía se haya, en su fanatismo, atrevido á celebrar la fiesta del último triste vástago de los Borbones franceses como si áun estuviera en el trono.

Hay más, mucho más todavía, igualmente nocivo á la Iglesia y al Estado, en las cóleras episcopales, tan contrarias á la mansedumbre y caridad evangélicas. Como dijera, no há muchos dias, al obispo de Angers, á Freppel, prelado batallador en la Cámara, uno de sus colegas que dependia del Estado, inconvenientemente que sólo dependia del Papa. ¿Cómo es eso? Pues hay que renunciar al sueldo percibido de las arcas del Tesoro, y al nombramiento hecho por el Presidente de la República, y al presupuesto votado por las dos Cámaras, y á las garantías ofrecidas por un Estado democrático, de quien se reciben todas las prerogativas y todas las preeminencias, pero á quien no se le cumplen las obligaciones y los deberes en la correspondencia natural de oficios que lleva consigo todo cargo público. Es de justicia: si el clero se aferra, con demencia verdaderamente suicida hoy, al proceder de otros tiempos, irreconciliable con la libertad y la democracia modernas, él y sólo él recogerá la cosecha de males contenida en tan perversa siembra, y conti-

nuará la obra tremenda de aislar en la cima de los panteones góticos de la Edad Media el Pontificado y la Iglesia.

Los tiempos no están para que las aristocracias religiosas arriesguen muchos intereses y desafien á muchas batallas. En el seno de las sociedades más pagadas de su tradicion siéntense impulsos á soluciones que parecian privativas de las escuelas más radicales y más utópicas. En parte alguna del mundo tienen la Iglesia establecida y el patriado histórico arraigo como el que alcanzan ambas instituciones antiguas en el semirealengo y semialodial suelo de Inglaterra. Mezclado el protestantismo y sus ideas, como la nobleza y sus privilegios, al desarrollo mismo de la libertad, confúndense con la nacion y su historia, con el derecho y su vida, con el Estado y su independencia. Cuando acudís á la Cámara Alta ó á la catedral de San Pablo en Lóndres, y notais el supersticioso culto que allí rodea el santuario de la nobleza y del clero, diríaisles eternos, pues al desarraigarlos de la sociedad creeríais desarraigar tambien la nacion del planeta ó al pueblo inglés de la nacion. Y nos engañamos nosotros mucho en todos nuestros presentimientos, si las reformas discutidas ahora para el interior régimen de los Comunes no tienden á evitar, más que las obstrusiones irlandesas, las obstrusiones conservadoras, en los altos

y trascendentes cambios preparados por el primer ministro á favor de la democracia, como cumplimiento á sus compromisos con los radicales y como compensacion á la política imperial y conservadora seguida por fuerza en los asuntos egipcios.

Las Cámaras están circuidas en Inglaterra de una tradicion tan sagrada como la liturgia secular en los antiguos templos. Huelen á historia los Parlamentos ingleses, como huelen á incienso las catedrales católicas. El sargento de armas; el saco de leña; el blason áureo; el *speatler*, con su túnica de mangas perdidas y su peluca empolvada; la maza histórica sobre la mesa presidencial; el capellan de las Cámaras; el reglamento, escrito más en la memoria que en los libros; las fórmulas de rito, en sí tan sagradas como las antiguas fórmulas de jurisprudencia romana: todo esto constituye una especie de vida histórica, en la cual arraiga mucha parte de la fortaleza obtenida por el régimen inglés, como asentado de antiguo sobre bases verdaderamente incommovibles y tallado en la razon pública y en el tiempo eterno, coordinando así la fuerza del derecho con la fuerza de la tradicion y de la historia. Pues en todo eso ha puesto mano el primer ministro con audacia digna de un tribuno revolucionario y de un Bautista radicalesco. Cualquier partido, cualquiera, podrá detener una reforma en el Parlamento inglés con sólo pro-

ponerse prolongar indefinidamente las discusiones. Así, medidas tan beneficiosas como la abolición de la trata, ó como la emancipación de los esclavos, ó como la libertad de los católicos, ó como las prestaciones del juramento litúrgico, han tardado lustros y lustros, detenidas por una libertad de discusión que se perpetuaba indefinidamente, como no concluyesen por imponerse con su imperio incontrastable las santas indignaciones del voto público apoyado en el juicio claro y explícito de la pública conciencia. Pues bien; ahora las discusiones del Parlamento inglés, las discusiones eternas, se concluirán y terminarán cuando lo resuelva la Cámara por simple mayoría. En vano hase presentado una tras otra enmienda en requerimiento y logro de algun respeto para la tradición y la historia. En vano se ha querido que las dos terceras partes del Congreso y no la mayoría pura y simple decidieran la terminación ó clausura del debate. Su primer ministro ha mostrado una entereza rayana en la tenacidad, y la clausura por simple mayoría se ha decidido ya, despues de largos y tempestuosísimos debates. El partido irlandés, cuyas obstrusiones sistemáticas tanto han contribuido á esta radical y trascendente alteración, despues de resistirse, ha concluido por ceder, sumándose á la mayoría, en prevision, ó cuando ménos presentimiento, de que á ninguna clase ni

partido le interesa tanto como á los irlandeses el detener y contrastar las obstrusiones conservadoras.

En efecto, segun mi sentir, el suelo de Irlanda es como un campo donde Gladstone, el gran reformador de nuestros tiempos, ensaya las reformas várias, aplicables despues al suelo de Inglaterra. Parece la pobre nacion maltrecha un desahuciado enfermo expuesto en clínica triste á las experiencias y ensayos de médicos audaces. Aquella Iglesia luterana, tan rica, eterno testimonio del triunfo de los sajones protestantes sobre los celtas católicos, obra de los nombres que señalan el engrandecimiento inglés, como Oliverio Cronwell, Guillermo de Orange, aquella Iglesia, especie de áureo clavo puesto sobre la frente de cada irlandes para significar su servidumbre, ha caido en nuestro tiempo, rota y deshecha por un estadista, que si ama exaltadamente á su patria, no cree necesario confundir el patriotismo con la tiranía y con la violencia. Las reformas sociales de Irlanda preparan tambien el movimiento social de Inglaterra. Gladstone, auxiliado en su oposicion y en su gobierno por los radicales, siente y comprendé que no basta para satisfacer á éstos una nueva política y se necesita una nueva sociedad más en armonía con el espíritu moderno y ménos apegada de suyo á las ruti-

nas aristocráticas y monárquicas. Y no sólo medita la destrucción de las vinculaciones y de los mayorazgos, con lo cual arrancará su raíz al trono y al patriciado, sino que también medita la asociación del arrendatario á la propiedad. Poco previsor será, muy poco previsor quien, después de haber visto el empeño de Gladstone por alterar el reglamento, no vea tras él otro empeño, mayor y más trascendental aún, dirigido contra las antiguas instituciones británicas, el mayorazgo en la propiedad, el clero privilegiado y la iglesia oficial, la Cámara de los Lores.

Confesamos que pocas obras políticas de la Europa contemporánea merecen tanto nuestro aplauso como la reforma de Irlanda por la iniciativa de Gladstone. Digan cuanto quieran sus enemigos, el primer ministro se ha interesado en su larga y gloriosa vida por los vencidos como no se interesaría jamás ninguno de los repúblicos ingleses, en ningún tiempo de la historia. Últimamente aún, y con motivo del discurso pronunciado en la comedia del Lord Corregidor, ha dicho con evangélica unción, cuyos acentos recordaban el lenguaje de los puritanos, cómo aguarda que la isla hermana, reconociendo sus esfuerzos por salvarla, éntre de lleno en la vida del derecho. Al considerar que de quinientos crímenes agrarios cometidos mensualmente hace poco, han bajado ahora en estos me-

ses últimos á cien, su ánimo se esparce y explaya como su esperanza y su fe se recrean mirando más despejados y tranquilos horizontes en los espacios de próximo y seguro porvenir. Mucho ha hecho con su palabra O'Connell por la tierra de su cuna y por la religion de sus padres en el grande y logrado empeño de la libertad completa de los católicos ; pero ha hecho más Gladstone, con su reflexiva y madura voluntad, por una tierra y por una raza sometida y eternamente contraria por siglos de siglos á su propia patria, ¡ sublime abnegacion ! la cual presta resplandores más vivos aún á la grandeza de su idea y á la santidad de su justicia.

Pero de vez en cuando sobreviene un caso, el cual asombra todas estas ideas y aterra y marchita las más lisonjeras ilusiones, como el atentado al juez Lawsson. Salia éste, conocido por su actividad en reprimir las rebeliones y castigar á los rebeldes, pocas tardes hace, á la hora de anochecer, con su obligado acompañamiento de dos guardas á caballo en armas, y á pié cuatro agentes encargados de atisbar cualquier amenaza y contener cualquier atentado. Nadie creeria que pudiese un criminal atreverse á quien va guardado en sus salidas y en sus paseos de tan formidable suerte. Pues se han atrevido, y hubieran inmolado al juez en plena calle, como inmolaron á Cavendish en

pleno parque, de no andar bien listos los agentes á impedir un crimen, arrancando de las manos del atrevido certero revólver, que llevaba ocho proyectiles de carga. El juez, al verse detenido así en medio de una calle concurrida, se desmayó, y esta es la hora en que no ha podido salir de la triste angustia que le causa el verse bajo tan aterradoras amenazas. Proceden contra sus intereses las gentes de Irlanda no aviniéndose á la política conciliadora de Parnell y no contentándose con las reformas alcanzadas hoy, gérmenes de otras superiores para mañana. Inglaterra es una demasiado grande nacion y necesita, para su tranquilidad y reposo, de Irlanda. Cuantos han profetizado la decadencia británica de antiguo, han visto sus profecías burladas y desmentidas por los hechos. En una de las últimas sesiones parlamentarias aparecieron de pronto en la tribuna de los Comunes varios oficiales del ejército indio, llevados á Londres para presenciar una revista y recibir los homenajes debidos á su lealtad y arrojo en la campaña egipcia. Los hijos del Ganges, reyes un dia del Oriente y siervos hoy del Occidente, hijos de aquellos que levantaron las primeras aras y vertieron las primeras ideas; padres de nuestra raza; tostados por el sol del Asia y del África, vestidos á la oriental, apareciendo allí como recuerdos vivos del Imperio guardado por la isla de las nie-

blas y de las sombras en la cuna del día y del sol, merecieron que la primera Cámara del mundo se levantára en peso, y volviéndose á ellos, entrados allí contra reglamento, como en Lóndres contra ley, pues tenían armas, les consagrarse un ruidoso y fervorosísimo aplauso, muy semejante al rumor del antiguo Senado latino cuando entraban los representantes de las razas vencidas en el sacro templo de la Victoria Romana. Y aquellos aplausos indicaban algo más que un sentimiento de orgullo, indicaban una esperanza muy fundada y firme, la esperanza de poner algún día medio millón de hombres, traídos por los elementos de transporte mejores que han conocido los siglos, á cualquier campo de batalla donde se litiguen los intereses británicos. ¿No dice nada todo esto á los pobres irlandeses empeñados en el temerario imposible de vencer á su poderosísima dominadora la invencible nación inglesa? La resistencia es un suicidio, y el suicidio puede dar el descanso de la muerte á los individuos desesperados, pero no á las naciones inmortales.

La prueba del poder británico se halla en la cuestion egipcia. Destruyendo la intervencion de Francia y acaparando el canal de Suez, tan sólo suscita protestas de fórmula y obstáculos de aparato. Ultimamente ha mandado Inglaterra su embajador en Constantinopla, lord Dufferin, al Cai-

ro, para demostrar cómo se ha concluido el supremo imperio de los sultanes en el antiguo dominio de los Faraones. El enviado pertenece á la estirpe de los experimentados estadistas británicos. Gobernador de las Indias por mucho tiempo, diplomático de Oriente ahora, en cargos tan importantes ha desplegado facultades dobles, la habilidad y la energía, difíciles de juntar en una sola personalidad y de constituir un solo temperamento. Al despedirse de la córte donde representaba un poder tan grande y tenía una tan legítima influencia, en guisa de los antiguos señores feudales, ha dejado como rehenes á sus dos hijos. Cosa difícil para tal diplomático, volver por los rehenes, después que haya de Turquía separado region tan hermosa y unídola por el vínculo de una indirecta conquista con el Imperio. Mas nadie se mete con los hijos de naciones que representan la conquista.

Y para ver cómo se agrava la británica sobre su Egipto, no hay sino seguir las manifestaciones várias del Gabinete inglés. En vano la oposicion ha querido indagar lo porvenir y saber cuanto encerraba en las entrañas de sus ocultos propósitos la política dominante. Á todas las interrogaciones Gladstone ha respondido con esos discursos largos y embrollados, los cuales, diciendo mucho, áun dicen ménos que la reserva y el silencio. Maestro en la palabra, nadie le gana hoy allí á concretar

las cuestiones é iluminarlas, si quiere darles concrecion y luz. Pero nadie tampoco, en queriendo embrollarlas, gánale á confundirlas y oscurecerlas. Más fácil adivinar un enigma de los entallados por el tiempo antiguo en los obeliscos y en las esfinges sobre la pasada suerte del Egipto, que un discurso de Gladstone, confiado al aire de la Cámara, sobre la suerte por venir de nacion tan extraña y tan caída en manos de los ingleses. Lo que sacamos de sus aseveraciones en limpio, es que las tropas de invasion subian á treinta y dos mil hombres, miéntras las de ocupacion se han reducido á unos doce mil escasos, los cuales quedarán allí por algun espacio de tiempo. ¿Y á cuánto este tiempo se alargaria? ¡Oh! Averígüelo Vargas. Nada tan relativo como el tiempo, que nunca se detiene. Los que cuentan cien años llaman jóvenes á los de cincuenta. Los siglos, comparados con la eternidad, son mucho ménos que las gotas comparadas con el mar ó las arenillas comparadas con el desierto. Puede la ocupacion prolongarse muchísimo si, como indican los menores indicios, deben pagarla de su peculio los vencidos, rehacios en aprontar tributos, y mucho más á los ingleses, quienes apénas perciben ni la mitad siquiera de lo percibido en los tiempos anteriores á su reciente dominacion. El primer ministro ha comparado la ocupacion británica del Egipto en 1882 con la

ocupacion europea de Francia en 1815, y no sabemos qué ha querido con tal comparacion, si exaltar á sus africanos súbditos ó dirigir maquiavélicas amenazas á sus contrariados vecinos al verlos tan tenaces en demandar una parte del despojo, si hubieran tenido en el combate parte. Hasta los periódicos ingleses más leídos resucitan el antiguo aforismo socrático y dicen que sobre la ocupacion egipcia sólo saben que no saben nada.

Pero sabemos, si bien confusamente, cómo allá en el Sudan, tierra donde las corrientes del Nilo se pierden por completo entre los misterios que rodean sus ignorados manantiales, acaba de levantarse una cruzada fanática y supersticiosa contra los perros cristianos reunidos en el Cairo para devorar á los fieles musulmanes y contra el cobarde y traicionero Emir del Egipto, que consiente con calma la invasion y áun contento la obedece y acata. Jamas la idea nuestra, de antiguo connaturalizada con las lentitudes propias de la civilizacion moderna, podrá comprender cómo cuatro predicaciones al aire libre reúnen esas inmensas moles movibles de pueblos en armas, que se trasladan de un punto á otro, conducidas por la palabra de cualquier santón ó por la gumía de cualquier guerrero, á irrupciones fatales y ciegas, semejantes á los giros del huracan en la soledad inmensa de los silenciosos arenales, tan áridos de

vegetacion como fecundos en profecías y en ple-garias. Á nosotros los españoles no deben decirnos qué sea eso, pues tenemos testimonios de todo ello grabados en nuestra historia de la Edad Me-dia, y guardamos huellas todavía de tales plagas en las ruinas de nuestros santuarios y en las pie-dras de nuestros caminos. Un profeta del Islam, Abadlah, suscita los caudillos almoravides, á quienes industriára en sus dogmas y disciplinára con su látigo, lanzándolos, no sólo sobre las he-réticas ciudades de la fiel Andalucía, sino sobre nuestros propios reyes en Zalaca, nefasto campo de terrible derrota ; y otro profeta del Islam, Ma-homed, simple atizador de lámparas en una mez-quita, engendra los almohades, quienes allende y aquende nuestro estrecho se sobreponen á los al-moravides y vencen tambien á nuestros reyes en Alarcos, batalla que les hubiese abierto el camino de Francia y demas pueblos europeos, á no inter-ponerse nuestros padres, movidos por su valor, y obligarles á morder el polvo en los sangrientos picos de las Navas. Ya sabemos que todas estas irrupciones suelen adelantar y retroceder con la celeridad de cualquier fenómeno natural ; pero tambien sabemos que suelen causar muchos daños, sobre todo si cuentan, como ahora, con la com-plicidad universal del Egipto, áun confiado en que Alah, por intercesion de Mahoma, les envíe cual-

quier mahedi encargado á un tiempo de su redencion y de su venganza.

Es muy observada y atendida en el asunto egipcio la suerte de Arabi, ayer en las cumbres del Gobierno y hoy en las tristezas del cautiverio. La expectacion pública, concentrada en esa gran tragedia, suele aplicar el oido á las cerraduras del calabozo para escuchar y saber cómo siente los rigores quien ayer tuvo las mercedes todas de la tornadiza fortuna. Tamaños contrastes aumentan, así el interes general de los espectadores, como el carácter trágico de los protagonistas en tan terribles incidentes. Hasta hoy, Arabi sólo ha publicado una breve carta, bien distante del oriental estilo por cierto, diciendo que corriera de suyo á las armas para evitar la dominacion extraña, mas convencido y penetrado por ulteriores experiencias y revelaciones de que los ingleses no son tan malos como parecian á primera vista, se rindió, cuando áun contaba 35.000 hombres de línea y probabilidades muchas de resistencia. Despues de decir esto, ya por todos sabido, cuentan las crónicas diarias que ha sujetado á exámen de sus juriconsultos valedores varios ensueños, con los cuales quiere palmariamente demostrar cómo en sus hechos le moviera un impulso divino; caso tan propio del hijo natural de Oriente, que creeriais leer antigua página sacra de cualquier libro litúr-

gico dictado en aquella extraña region de las teocracias y de los dioses. Y añádense sucedidos que mueven á verdadera lástima, levantando en los más indiferentes indeliberada indignacion. Al pasar de manos inglesas á manos egipcias y encerrarlo en los calabozos del Jetife, aquellos cortesanos, tan complacientes y serviles en los dias de su dominacion, trataron al general como á un perro. La noche del 9 de Octubre habíase Arabi rendido al sueño, cuando á eso de las ocho y media le despierta una grande algazara de voces várias encrespadas á la puerta de su calabozo. Los goznes ruedan y los portones abren paso á diez ó doce soldados, que acompañan á un favorito del Jetife, llamado Ibrahim-Bajá, quien de rabia demente, y olvidado del respeto debido á la desgracia, llama cerdo al pobre Arabi, le insulta y escupe al rostro, le pone las manos encima, golpeándole con tal furia y ensañamiento que imaginó el pobre cautivo llegada la hora de su muerte. Francamente, Inglaterra está en el caso de intervenir para evitar tamañas ofensas á un vencido. El infeliz dictador no se rindió á sus rivales de la córte y del ejército nacional, sino á los soldados del pueblo invasor y enemigo. Un grande respeto se le debe, por infeliz en sus empresas y por prisionero de guerra. Y dejarle maltratar así equivale á complicidad con la cruel barbárie africana ó es impotencia para de-

tener los caprichos del Jetife y descargar sus increíbles rencores y sus injustificables venganzas. Para destruir el efecto de tal proceder han apelado los humanitarios ingleses á una condenacion solemne de Arabi á muerte, indultándolo despues y conduciéndolo á la isla de Ceylan, donde vivirá muy bien, pues diz que allí fué confinado Adan despues de abandonar el paraíso.

No hace mucho tiempo, á principios de otoño, pasó el príncipe Napoleon por Madrid. Pocos le conocian entre nosotros, naturalmente, por no haber estado aquí desde los dias del 49 y por haber, á las injurias de los años, perdido aquella olímpica fisonomía que tan completa semejanza le daba con Napoleon el Grande. Pero uno de mis amigos, que personalmente le conociera en casa de Girardin el año 48, acercósele, guiado por un sentimiento de hospitalidad al verlo solo, y entabló con él una verdadera conversacion política, recurso para departir tan socorrido en todos los actos del comercio social, como los recursos que procuran el tiempo y la estacion. Está visto; las ideas cuya virtud penetra con la educacion primera en el cerebro, salen difícilmente, conservándose, como se conservan el acento y los modismos de la infancia en toda nuestra vida. El príncipe se mostró muy esperanzado de un retroceso nuevo á la monarquía, en atencion á las dificultades encon-

tradas por la república. Y para este retroceso descartó la persona del Conde de París, perdida completamente desde que visitó al Conde de Chambord, concentrando en su familia y en su tradición bonapartistas el simbolismo natural del único principio monárquico hacedero en tiempos de revolución y en pueblo tan democrático é igualitario como Francia.

Un émulo se le presentaba, en su sentir, algo temible, un émulo de régia familia, el Duque de Aumale, quien desea constituir cierta magistratura semirepublicana y semimonárquica, como la de Holanda, en cuya virtud puedan los Orleans, revolucionarios y Borbones al mismo tiempo, representar en fines del siglo décimonono idéntico ministerio que el representado por los Oranges á fines del siglo décimosétimo. Pero los Orleans sólo representan en Francia las clases medias, y desde la revolución última impera el sufragio universal, para cuyas muchedumbres será preferible siempre, puestas en el caso de optar, á un Orleans, un Bonaparte.

Mecido por tales ilusiones el príncipe Napoleon ha iniciado en estos últimos días una nueva era de propaganda imperial. Á pesar de los desdenes con que ha recibido el público todos sus diarios, proyecta crear uno que al mismo tiempo salga en las capitales de los ochenta departamentos de

Francia. Llegado á la pubertad su heredero, el príncipe Víctor, lo ha conducido él mismo al regimiento, donde debe iniciarse su educacion militar, y allí ha dicho palabras bien expresivas de sus fantásticos proyectos y de sus inútiles maquinaciones. Para Jerónimo Bonaparte, para este Catilina de su dinastía, el bonapartismo no es tanto el Imperio semicarlovingio con que sueña la derecha de su partido, como el principio revolucionario en una dictadura organizada. ¡El principio revolucionario! Tamaño error difundido por Thiers en sus historias, por Quinet en sus discursos, por Beranger en sus canciones, por David en sus cuadros, nos trajo la reaccion imperial del año 51; reaccion horrible, así para la humanidad como para el progreso. Y ahora que las agitacione socialistas vuelven, que los desengaños anejos á toda realidad vienen, que se divide por necesidad el partido republicano, que surge con sus inconvenientes el déficit, que baja el papel, se quiere de nuevo matar la República, la forma inseparable de la democracia y de la libertad, para hundirnos en los babilónicos proyectos de un Sardanápalo de comedia. No, mil veces no. La Revolucion y el Imperio se contradicen, como se contradicen el dia y la noche, la verdad y el error, el bien y el mal, puesto que la Revolucion y su idealidad sublime, sean cualesquiera las dificultades presentes, sólo

puede con verdad encarnarse y sostenerse dentro de la República.

Heme alargado mucho más de lo que pensaba refutando sofisma tan peligroso como el Imperio revolucionario, todavía divulgado en Francia, y sólo asimilable al sofisma de la monarquía democrática, todavía divulgado en España. Cuando no se puede vencer frente á frente la libertad y la democracia, se las falsifica y adultera. El Imperio es la falsificación sistemática de una y otra. Y esta falsificación sólo puede impedirse por un medio, por la más consumada prudencia en los republicanos y en la República. Felizmente, comiézase ya entre nuestros vecinos de allende á ver claro y á medir el abismo á que nos arrastran palabras tan destituidas de fijeza y concreción como la palabra reforma, en cuyo fondo ponen unos los perfeccionamientos pedidos por todo aquello que se mueve y vive, miéntras ponen otros una revisión del Código fundamental y hasta un cambio profundo y radicalísimo de toda la sociedad francesa. Los más cegados por el dogmatismo positivista, los mayores jacobinos de pelo en pecho y dictadura en puerta, reconocen ya la imposibilidad para la República de chocar con el clero, con la magistratura y con el ejército, sin deshacerse en cien pedazos, como nave rota contra formidables bajíos y arrastrada por los vientos á las espirales de férrido y

terrible oleaje. Desengañémonos: en pueblo donde la propiedad está dividida como en Francia, el crédito público repartido entre tantas manos, la igualdad política y civil arraigada en las costumbres é instituciones, el sufragio reconocido en todos los ciudadanos, cualquier ideal político llevado mucho más allá de semejante plausible realidad encierra insondables abismos, por más que parezca luminoso, pues el abismo tanto está para nosotros en los esplendores del cielo inaccesible como en las profundidades y entrañas del triste y oscuro planeta.

En los más exagerados se ha sentido la reacción más pronto: Clemençeau ha dicho, entre un gran tumulto, que matan la República todos cuantos promueven el terror social, generador de dictaduras é imperios. Maret ha clamado por una conciliación estrecha en las huestes republicanas como único medio de burlar las maquinaciones reaccionarias. Spuller ha confesado que la última ley sobre la enseñanza laica y sus aplicaciones trae dificultades múltiples, las cuales podrían subir en su funesta progresión, si la Iglesia y el Estado llegáran á separarse, como pretenden los avanzados, hasta desencadenar una guerra civil en cada familia. Ranc ha hecho mucho más: se ha opuesto con energía igual en discurso vehementísimo al torpe licenciamiento del clero y á la elección de los jue-

ces por el pueblo. Andrieux, ejecutor de las órdenes que despojaban á las escuelas de sus símbolos cristianos, se ha dolido de todo esto, y ha declarado que la República no entraria en período completo de calma y en plena estabilidad hasta que no restañase y cubriese las heridas abiertas con triste impresion en la fe religiosa de Francia.

Sabía yo de antiguo que tal despertamiento iba, tarde ó temprano, á cumplirse por necesidad. Cuando más embriagados estaban todos los demócratas franceses con su obra de alteracion religiosa y más ocupados en abrir la puerta de los sepulcros llamados monasterios para echar almas solitarias á la calle, más gritaba yo anunciando los peligros encerrados en tales aventuras y el estímulo y el aliento y el vigor prestado á las pasiones demagógicas. Ha sido necesario que las cruces de los caminos saltáran en pedazos por las campiñas de Borgoña; que los encrespamientos socialistas crecieran amenazadores en las calles de Lyon; que una especie de comunidad revolucionaria, otra especie de nihilismo ruso, relampagueáran por los aires, para que los republicanos comprendieran todo el temporal corrido por la República de cargar con todas esas pasiones y errores, Bautistas de la reaccion universal y gérmenes de dictaduras é imperios. Por eso, cuando el ministerio Duclerc, aunque oscuro y sin autoridad, ha dicho en su

programa último, ante las Cámaras, aludiendo á las perturbaciones recientes, que tenía la resolución inquebrantable de resistir, un aplauso fragoroso cubrió su voz, porque todo el mundo comprendió cómo en la guerra con el desórden y el motin permanentes se halla la fuerza que ha de acerar la República. Si el Gobierno señala con fijeza y seguridad el verdadero límite á donde los progresos han de pararse y detenerse por ahora, logrará reunir una mayoría y un verdadero Gobierno dispuesto á ejercer la indispensable autoridad; y con verdadera mayoría en torno del Gobierno, sosiéganse todas las pasiones y ábrese un camino de progreso verdaderamente seguro y pacífico hácia los horizontes de lo porvenir, tan resplandecientes con el éter de las nuevas ideas y tan propicios á toda verdadera democracia.

Los más cansados de las utopias de la demagogia, de las amenazas revolucionarias, són los pueblos mismos; quienes padecen, como nadie, ahora, en las perturbaciones continuas, tan ocasionadas al descenso de sus salarios. Un hecho ha sucedido en Bélgica, el cual demuestra esta observacion hasta la evidencia. Cansada Luisa Michel de pasear su fria tea de furia revolucionaria por los teatros de París, concertóse con un empresario para extenderla y atizarla por Gante y por Brusélas. Esta mujer, privada del carácter tierno y dulcísimo de

su hermoso sexo, gózase con verdadero gozo en contemplar los monumentos cayendo como las cimas de los volcanes en erupcion calcinados por las llamas voraces, que se avivan al viento de las ideas revolucionarias; cual si la última fórmula de los progresos humanos se hallára en el fin apocalíptico de la tierra y en el suicidio de la humanidad entre los estremecimientos de un sacudimiento cósmico y los horrores de un juicio universal. [Para ella, Estados, templos, hogares, deben saltar en pedazos á impulsos de la dinamita, y aplastar una generacion, quien todavía no ha emancipado su conciencia del yugo de la fe, ni su trabajo de la tiranía del capital. En su furor se le ha ocurrido la huelga de las mujeres para interrumpir así el hilo de la vida y suspender la generacion de tantos siervos como nacen á la esclavitud en esta Europa llena, cual aquella Roma imperial antigua, de gemonías y ergástulas. Por los desbarajustes de su inteligencia la infeliz no recordaba el pueblo donde iba con tal aquelarre de peligrosos disporates. En Bélgica, no obstante sus libertades, las competencias políticas se hallan empeñadas entre un partido liberal muy realista y un partido religioso muy ultramontano. Nada, pero absolutamente nada en aquel pueblo de nuestras competencias contemporáneas, donde late un respeto grande á la conciencia libre, y un desvío más

ó ménos vehemente, pero muy universal y arraigado, al predominio teocrático. Idos á pueblos educados así con el colectivismo en la propiedad, el amor sin freno en la familia sin ley, la religion pesimista de la nada para sustituir al dulce Cristo en los altares y en los templos, el principio de la anarquía social para reemplazar al Estado, que, ademas de representar la seguridad, representa la patria, y encontraréis que todas las ideas y todos los sentimientos se alzan contra tal cúmulo de incendiarios errores, y sin que ni las autoridades ni las leyes puedan impedirlo, rompen por cualquier parte violentos, y acallan á los apóstoles de la mentira en los arrebatos más líricos de su demencia. Así, en cuanto ha surgido Luisa en las tablas, los silbidos la han acompañado á todas partes, y tras los silbidos los golpes en tal número y con tanta fuerza, que ha tenido necesidad la policía de intervenir en su favor y protegerla contra los ódios de la misma pobre gente á quien deseaba en su furor demagógico redimir y salvar. ¿Se convencerá la infeliz de que provoca en unos violencias, en otros carcajadas, en muchos lástima y en todos ódio?

No es tan cierto, como creen los rojos franceses y como quieren los monárquicos europeos, que las ideas exageradas tengan innumerables prosélitos en Francia. Casualmente la República se man-

tiene allí por ser la forma de gobierno natural á toda verdadera democracia ; y la democracia progresa porque guarda para la marcha progresiva compensadores múltiples de resistencia, los cuales dan por fortuna en el mecanismo de la política bases inmovibles á la conservacion y á la estabilidad. En las poblaciones rurales, y en las mismas poblaciones fabriles, con sus virtudes múltiples de trabajo y con sus saludables hábitos de ahorro, merced á la extension del goce de la propiedad, y á la reparticion, á veces infinitesimal, de los valores públicos, existe una calma profunda, contrastando con la tempestad tonante desencadenada en las cabezas de los pensadores utópicos y de los tribunos radicales. El empeño puesto por Mr. Barodet en demostrar con prolijo informe sobre los programas electorales últimos la progresion creciente de las tendencias avanzadas, ha demostrado lo contrario. Su propuesta de informacion para dar en rostro á los elegidos con las promesas de candidatos, debió desoirse porque llevaba en su seno el mandato imperativo de los comicios y la derogacion de toda libertad y de toda independencia parlamentaria. Cada diputado, corepresentante de sus electores, debe cumplir sus compromisos electorales, pero por móviles íntimos é internos, de conciencia y de honra, mas no por ajenas imposiciones de coaccion material y moral

contrarias á su pensamiento soberano ó á su voluntad inviolable dentro del fijo límite de sus atribuciones y de sus derechos. Pero cometido el error de tal informacion, se han sacado de él consecuencias muy favorables á la democracia francesa, madura ya en política, y apta por ende para gobernarse á sí propia sin la intervencion de coronados y regios tutores, por completo repulsivos á su razon é incompatibles con su tranquilidad. Más de quinientos diputados tiene Francia. Pues de tal número sólo sesenta y cuatro han pedido la supresion del presupuesto eclesiástico, y sólo ciento cuarenta y cinco la supresion de una segunda Cámara. ¿No prueba esto que gobernando con verdadera mesura el Gobierno frances, cumple con lo que pide la naturaleza de todo Gobierno, y cumple tambien con la voluntad de los pueblos?

Y no se diga que la República francesa encuentra contra sí las procelosas agitaciones socialistas. Me tienen sin cuidado. Nadie las siente más y á nadie alarman ménos. Miétras los vientos venidos de arriba con resoluciones como la malhadada prohibicion de enseñar, y otras análogas, no susciten movimientos desordenados, por la naturaleza íntima y la sustancia esencial de la sociedad francesa, toda grave agitacion socialisia resulta de una imposibilidad absoluta. ¡Cuán cómico y burlesco,

por lo convencional y artificioso, el terror que han mostrado los monárquicos á las condenables y absurdas violencias sucedidas en el distrito de Monceaux-les-Mines, donde tanto predominan los trabajadores y tan duras condiciones lleva consigo el trabajo! Si hubiéramos de creerlos, estas zozobras acompañan á las repúblicas y á las democracias, como al cuerpo la sombra. ¡Parece imposible! De todas las grandes naciones europeas, ninguna ménos agitada que Francia. No me figuro qué dijeran los reaccionarios, de perpetrarse á la sombra del pabellon de la República los crímenes agrarios perpetrados en Irlanda por terribles agitadores á la sombra del pabellon de la Monarquía. El socialismo es ántes un mal de los imperios que un mal de las repúblicas. Si tuviéramos instrumentos morales para medir la temperatura y la presion como los tenemos materiales para medir la temperatura y la presion áerea, veriamos los grados que bajó el socialismo en Francia desde que bajaron los Bonapartes á su merecido destronamiento. En Alemania los socialistas han llevado su audacia terrible hasta consumir dos atentados contra el Emperador victorioso; y en Rusia, despues de romper en pedazos el cuerpo de Alejandro II, han impedido la coronacion de Alejandro III, y lo han obligado á encerrarse, como los ogros de las fábulas, en los retiros y apartamientos de

las selvas. Ahora mismo, Viena, capital de un Imperio tan vasto como el Imperio austriaco, ha padecido agitaciones socialistas muy semejantes á las antiguas batallas revolucionarias. Con motivo de haber disuelto la policía una sociedad cooperativa de zapateros, alzándose con sus ahorros y con sus fondos, tres noches seguidas, en los barrios bajos, hanse trabado entre las tropas y las muchedumbres conflictos varios, los cuales han traído un grande número de contusiones y heridas. Pasára esto en París, y ya veríamos estallar los sentimientos de horror en los apocados espíritus monárquicos, y surgir en todos los periódicos reaccionarios el pronóstico siniestro de una inmediata catástrofe. Dicen los entendidos que semejante agitación debe atribuirse al disgusto de Viena por la política de Taafé, quien, pretendiendo la coexistencia de las naciones diversas que forman tal Imperio en el pié de una relativa igualdad, hiere y rebaja el elemento germánico, aquejado de una indignacion, cuyas explosiones rompen y estallan con facilidad al menor impulso de abajo y al menor motivo de arriba. Pero, sea de esto lo que quiera, conste cómo la reciente agitación socialista de Francia no llega, ni con mucho, á las consuetudinarias agitaciones de Inglaterra, Rusia, Prusia y Austria, los cuatro grandes Imperios europeos.

Otra democracia continental, aunque bajo distinta forma de gobierno, muestra la madurez de su juicio y el progreso de su vida : la democracia italiana. Ocupada la grande nacion, por motivo de su reciente arribo á la legion de las nacionalidades modernas, en constituir su indispensable unidad y afirmar su independendencia, no pudo dar á sus instituciones la grande amplitud pedida por el movimiento de las ideas liberales y por el conjunto de las circunstancias contemporáneas. El Gobierno radical, por fin, ha llegado en sus últimas leyes á impulsar el movimiento democrático, abriendo los comicios á un número tan grande de electores, que casi toca ya en los límites del sufragio universal. Y este número de electores, enigma indescriptible para muchos, léjos de perturbar el movimiento político, lo ha perfectamente asegurado, dando su tranquilo impulso, concediendo una mayoría de gobierno al Ministerio actual y un aumento de diputados á la democracia progresiva y serena. El Milanesado, las Marcas y otros territorios de igual importancia nombrarán unos cincuenta diputados de carácter republicano, pero muy convencidos, en su corazon y en su conciencia, de que la democracia y la república no pueden progresar en su patria sino por medio de la legalidad constitucional y de la propaganda pacífica, evitando los conflictos revo-

lucionarios, en cuyos escollos podría romperse y naufragar un Estado construido poco tiempo hace á precio de grandes y extraordinarios sacrificios. El mérito mayor de la política del Ministerio radical ha consistido en la modestia con que se ha dado á robustecer la hacienda y administracion pública sin hacer caso de los que le impulsaban á grandes armamentos, contrarios á su apostolado de libertad y de paz. El espíritu moderno, con su vitalidad, ha cuajado esa nacionalidad brillante y luminosa para que sirva de faro á los progresos pacíficos y brille como una estrella de primera magnitud, derramando la luz de las grandes inspiraciones en los espacios infinitos de nuestra libertad.

Ha muerto Luis Blanc, y su nombre, aparte los méritos literarios, sólo debe juzgarse, cuando de política se trata, en el período de su gobierno provisional, que imprimió carácter indeleble, así á su pensamiento como á su vida. El Gobierno Provisional de la Revolucion de Febrero se hallaba de tal manera formado, que parecia satisfacer todas las aspiraciones de la nacion francesa. Dupont de l'Eure, su presidente, representaba la antigua democracia, fiel, honradísima, tenaz, imponiéndose á sus mayores enemigos por el respeto involuntario que la virtud inspira. Lamartine era la poesía, el genio, el arte, el ideal gobernando.

do, la demostracion viva de que los pueblos conservan culto aún por todo aquello que eleva y ennoblece el espíritu. Á estas cualidades intrínsecas de su alma se unia la confianza que su origen, su sangre, su educacion, su carácter, inspiraban á las clases conservadoras, y aún á los mismos reaccionarios. Arago era la ciencia. Cremieux, juez, y jefe, sin embargo, de la Iglesia francesa, el testimonio vivo de la libertad religiosa. Ledru-Rollin, el representante más enérgico y más popular de la democracia política, el justador incansable, en la tribuna y en la prensa, de los derechos del pueblo. Luis Blanc y Albert, socialista teórico el uno, trabajador el otro, representaban aspiraciones no bien definidas, pero carísimas á las clases desheredadas. De suerte que el Gobierno Provisional, por sus hombres, por la historia de estos hombres, por la popularidad que tenian, por los varios intereses que representaban, con justicia aspiraba á ser, más que un gobierno de partido, la fórmula de la idea y la expresion de la voluntad de todo un pueblo. Mas desde el primer dia empeñóse entre ellos una lucha. Los que representaban la democracia puramente política tenian por enemigos implacables á los que representaban la democracia puramente social. Instalados los unos en el Hôtel de Ville, los otros en el Palacio del Luxemburgo, eran blanco mútuo, sin

quererlo, sin pensarlo, de mutuos ódios y mutuas desconfianzas.

El día 17 de Marzo de 1848 organizaron los ministeriales del Luxemburgo una manifestacion que tenía por objeto avivar la atencion del Gobierno Provisional, de los ministros del Hôtel de Ville, por las grandes cuestiones de la organizacion del trabajo. Esta manifestacion, que fué pacífica, pero imponente, disgustó á los dos partidos que en el seno del Gobierno Provisional batallaban. Los unos, los republicanos puros, vieron recelosos y desconfiados aquellos 100.000 hombres, que, en realidad, formaban el formidable ejército del trabajo. Los otros, los republicanos socialistas, vieron con dolor que sus jefes desaprovechaban aquella coyuntura de acabar con los más conservadores del Gobierno y de sustituirlos con otros del partido exaltado, ya impaciente por una total y exclusiva victoria.

Todas estas mutuas desconfianzas engendraban quejas mutuas, en que unos y otros perdian, ganando los reaccionarios, que cuentan siempre con nuestras faltas. El día 17 de Abril se organizó otra manifestacion. Ya en la primera habian perdido los trabajadores que se alejára de París la fuerza armada. Los elementos reaccionarios, siempre despiertos, divulgaron la idea de que habian dirigido tal peticion porque pensaban derribar un

mes justamente más tarde al Gobierno. Este rumor reaccionario ganó el ánimo de Lamartine. Con su carácter y su lenguaje, esencialmente persuasivos, contagió de su temor al mismo Ledru-Rollin. Llega el 17 de Abril. Mientras los trabajadores se reúnen á millares en el Campo de Marte, los milicianos se reúnen, convocados por generala, delante del Hôtel de Ville. Los trabajadores hacen una cuestacion para presentar lisonjera ofrenda al Gobierno Provisional, y el Gobierno Provisional manda calar bayoneta para recibir á los manifestantes. Luis Blanc y Albert vieron, desolados, esta conducta, pero les fué imposible evitarla. Pasaron los trabajadores entre muros de fusiles ante el Gobierno Provisional, que fruncia el ceño. Y cuando acabaron de pasar los milicianos nacionales, dirigieron groseros insultos á los miembros del Gobierno más interesados en la cuestion del trabajo. Todos estos hechos enconaban los ánimos y los apercibian para una ruda pelea, en que, fuese quien fuese el vencedor, sólo habia un vencido verdáderamente: la República.

Los enemigos de la República explotaban hábilmente las disensiones republicanas para sembrar calumnias, que iban á herir á los republicanos en el corazon. Es imposible recordar las falsedades que dijeron y que acreditaron con sus dichos. Ledru-Rollin habia dado cenas dignas de

la Regencia en Trianon, y habia emprendido por Chantilly cacerías que eclipsaban con su fausto y pompa el fausto y pompa de la Monarquía. Spinelli, diamantista cuya tienda estaba en la plaza de la Bolsa, recurria á los periódicos para negar la noticia de que el gran tribuno hubiera comprado 30.000 francos de alhajas en su casa. En los mismos dias en que el ministro Cremieux conjuraba á los fiscales de las Asambleas para que dejasen libre la prensa, en esos mismos dias la prensa monárquica contaba la patraña de que el ministro acababa de comprar un bosque del Estado. Ni siquiera el poeta, esperanza de las clases conservadoras, fué perdonado. Francia se gozaba en arrojar el lodo recogido en las calles á los astros de su gloria. Lamartine abrió de par en par las puertas de su casa, levantó la tapa de su caja y enseñó á todo el mundo el estado lastimoso de su hacienda. Los miembros del Gobierno Provisional se veian forzados á enterar al público de su fortuna privada. Aún despues de las investigaciones más escrupulosas y de la publicidad más clara, empeñábase la multitud en que los ministros habian depositado sumas fabulosas en el Banco de Lóndres.

Uno de los más calumniados era Flocon. Las tristes alternativas de la vida pública lanzáronlo bien pronto á la emigracion. Sus ahorros eran pocos y habian sido devorados en los dias del go-

bierno, en que toda su vida fué para la patria. En sus apuros conservaba como reliquia sacratísima un reloj, última joya de familia. Enajenarlo era tanto como enajenar el corazón. Las almas ménos sensibles comprenden el precio infinito que tiene uno de esos vínculos de familia, una de esas joyas que recuerda días de felicidad ó lágrimas arrancadas por la desgracia; que los placeres y los dolores del hogar inspiran el mismo culto. Separarnos de esas joyas ¡oh! es como separarnos de una parte de nuestra alma. Pero el hambre, la muerte, aterran á los más valerosos. Era cierto día de exacerbada miseria. Flocon llega á una tienda de Ginebra y vende su reloj. En el momento de partir, como es costumbre cuando se compra una alhaja de valor, preguntóle el joyero al vendedor su nombre y las señas de su casa. Flocon tiembla, vacila, como si perpetrára un crimen; pero da nombre y señas. Á las pocas horas recibió su reloj con una inscripcion que decia: « Al honrado miembro del Gobierno Provisional de la República francesa, los trabajadores de relojería de Ginebra. »

Y hombres así eran calumniados por aquéllos que trataban de restaurar un Imperio para que diera banquetes, besamanos, espectáculos, fiestas, saraos, revistas militares, bailes orgiásticos, iluminaciones babilónicas, fiestas dignas de Bal-

tasar y de Sardanápalo. Y hombres que iban á entregar millones de francos á un Emperador echaban en cara sus comidas á los miembros del Gobierno republicano, comidas que subian á cinco francos diarios por persona. Los pueblos suelen ser así, complacientes con sus tiranos, crueles, implacables con sus mejores amigos.

Aunque uno de los empeños que tenian los avanzados del Gobierno Provisional era retardar las elecciones, reunióse la Asamblea el dia 5 de Mayo de 1848. Jamas un pueblo abrigó esperanzas tan gratas. El anciano Dupont penetraba en la Asamblea apoyado en Alfonso Lamartine y en Luis Blanc, é inenarrable aclamacion los acogia. El pueblo quiso ver á la Asamblea, á la representacion augusta de su propia autoridad. Era una tarde primaveral, una tarde propia del 5 de Mayo. El sol poniente doraba aquel espectáculo grandioso. La Milicia Nacional llevando lilas y laureles en las bocas de sus fusiles, hallábase apostada por todos los alrededores de la Asamblea. Los músicos tocaban la *Marsellesa*. En el vestíbulo desde donde se descubren á la derecha las torres góticas de Nuestra Señora, y los muros de las Tullerías y del Louvre; á la izquierda, la cúpula de los Inválidos y el Arco de la Estrella; al frente, el Obelisco egipcio, las estatuas de las grandes ciudades francesas, el intercolumnio griego de la Magdale-

na ; en aquel vestíbulo á cuyos piés corre el histórico rio que tanto ha amado Francia, aparecia la Asamblea, compuesta de todas las clases, desde las religiosas hasta las jornaleras ; de todos los grandes oradores, desde Montalambert hasta Lamartine ; de todos los partidos, desde el borbónico hasta el comunista ; y un clamor infinito, mezclado al estampido del cañon y al eco de las músicas, un clamor agrandado por el centellear de tantas armas sostenidas en las manos del pueblo, por el ondear de tantas banderas tricolores ; un clamor de entusiasmo llenó los espacios é hirió de profunda conmocion los corazones ; pues parecia que el pueblo se recreaba en contemplar su propio espíritu, desceñido de las ligaduras de la monarquía y en plena posesion de sus derechos, trasfigurado por la conciencia de su fuerza y el amor á la humanidad, llamada por Dios á ver bien pronto el comienzo feliz de una era de paz y de justicia.

¿ Quién diria que diez dias más tarde iba todo este encanto á romperse ? La parte avanzada del Gobierno Provisional fué excluida del nuevo gobierno denominado Comision ejecutiva por el voto de la Asamblea. Luis Blanc propuso la fundacion de un ministerio del Trabajo encargado de las cuestiones sociales y del mejoramiento progresivo de las clases jornaleras. Su discurso fué un discurso exaltadísimo. En aquel horno de pasiones deli-

rantes no debian lanzarse combustibles como los que encerraban estas palabras : « en tiempo de Luis Felipe anuncié la revolucion del desprecio ; guardaos ahora de la revolucion del hambre. » La proposicion de Luis Blanc , fué desechada y el ministerio del Trabajo, negado. Los clubs se enardecieron contra la Asamblea. En tal estado de sobreexcitacion llegan tristísimas noticias de Polonia. El aliento de la República francesa ha galvanizado el cadáver. La nacion, muerta, disyecta, enterrada en pedazos, ha sacado la lívida cabeza de la tumba, merced á un relámpago de esperanza que cruzára sobre su pesado sueño de plomo. El tirano que la martiriza vuelve á herirla. Nueva sangre sale de aquel exánime cuerpo. Nuevas piletadas de fria tierra caen sobre su sepulcro que huellan las herraduras de los caballos cosacos hondamente clavadas ; ay ! hasta en los huesos de Polonia. Pero los clubs ardian y una manifestacion es convenida. La manifestacion se compone de millares de trabajadores ; arrastra en pos de sí los desocupados y los ociosos que hay en todas las grandes poblaciones ; forma como un mar encrespado en la plaza de la Concordia ; rompe la verja que rodea el palacio legislativo, como el viento rompe frágil encañizada ; salta por encima de la Guardia Nacional ; entra en el salon de sesiones ; asalta bancos y tribunas ; desacata la presidencia ;

desoye la voz de los más autorizados demócratas; comete toda suerte de irreverencias; declara disuelta la Asamblea Nacional, y sólo se deshace cuando el ruido de tambores, clarines, sables, fusiles, y los pasos de regimientos, avanzando en columna, y el rodar de cañones anuncian que una batalla se empeñará en el mismo santuario de la soberanía popular, el cual, despues de haber sido desacatado, va á ser tambien tristemente ensangrentado y con sangre del pueblo.

De todos modos, el dia 15 de Mayo fué un dia funestísimo para la libertad. Barbes, el íntegro, el heroico republicano, dejándose llevar de su ardiente fantasía y de su corazon abierto, á todo ímpetu generoso, empezó por rechazar la manifestacion y concluyó por unirse á los manifestantes, despues de lo cual fué á caer, como en tiempo de Luis Felipe, en profundo calabozo, donde pasó otro cautiverio de ocho años. Marrast conspiró contra sus propios colegas desde la alcaldía de París. Causidière perdió la prefectura de policía. La Comision ejecutiva se fraccionó en dos grupos contrarios é irreconciliables. Luis Blanc fué acusado ante los tribunales, y la autorizacion de su proceso mantenida por Julio Favre. Beranger, que se habia distinguido siempre por su genio cáustico y claro, renunciaba su cargo de diputado y decia que en Francia no era posible la Repúbli-

ca, porque encontrándose á millares candidatos para la Presidencia, para el primer lugar, no se encontraba uno solo que quisiera el segundo lugar, que quisiera ser Vicepresidente. Á estos males se unian la impaciencia de las clases jornaleras por la revolucion del problema social y la furia de las clases conservadoras en cuanto se mentaba este problema. No habia remedio, la República estaba herida de muerte. Su restablecimiento de hoy, así como su consolidacion de mañana, se deberán indudablemente al trabajo que ha puesto para destruir la utopia y pacificar y organizar la libertad.

Noviembre de 1882.

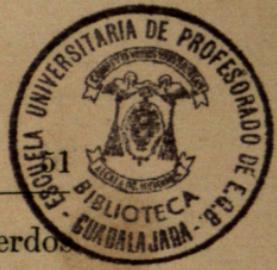
CAPÍTULO II.

Serie lógica de las principales cuestiones Europeas.

El asunto capital de la política europea es el sentido dado por la cancillería germánica y el canciller Bismarck al pacto diplomático de alianza estrecha entre Prusia y Austria. Mucho ha costado al grande político reducir á satélite suyo el sol en torno de cuyo disco habia por tantos siglos girado su patria. Los dos gérmenes de nacion, el electorado humildísimo de Brandeburgo y el espléndido ducado de Austria, divididos por sus caractéres geográficos y religiosos, debian en una competencia sin término tirar cada cual de su lado á reunir en torno suyo las fuerzas de su raza, tan anárquicas y disgregadas por el natural individualismo germánico, abocado de suyo siempre á las divisiones atomísticas en que sólo quedan las individualidades aisladas. Por estas inclinaciones irremediables á la division parcialísima, no hubo pueblo en la tierra tan necesitado de un verdadero núcleo como el pueblo aleman. Sus ciudades mu-

nicipales y republicanas, sus electores poderosos, sus reyes varios, sus príncipes eclesiásticos, sus señores feudales, eran atraídos por centros varios, como esos crepúsculos brillantes diseminados y esparcidos por los espacios cuasi al acaso, que concluyen por obedecer y rendirse al astro mayor, en cuya esfera de atracción penetran. Naturalmente, las dos ideas que se habían dividido la conciencia germánica, los dos altares que se habían trocado en fortalezas, los dos campamentos de las guerras religiosas, los Austrias y los Brandeburgos, habían de aspirar, personificación éstos de los luteranos, personificación aquéllos de los católicos, á producir y crear una Germania grande, á su imagen semejanza. En la revolución religiosa, por la fuga de Inspruk y el desacato de Mauricio de Sajonia; en la guerra de los treinta años, por la paz de Westphalia; en la guerra de los siete años, por el establecimiento definitivo de la monarquía prusiana, las fuerzas católicas iban de vencida por necesidad al empuje impetuoso de las fuerzas protestantes. Pero vino el Imperio napoleónico, que descompuso el mapa de Alemania, y tras el Imperio la Santa Alianza, que promovió un terrible retroceso; y Austria quedó con predominio sobre Alemania, el cual contrastará la creadora revolución del cuarenta y ocho, hasta que lo destruyera para siempre la terrible batalla de Sa-

DEL AÑO 1883.



dowa. He indicado á la ligera estos recuerdos para explicar cuán irreductibles son á una síntesis elementos tan contradictorios como Alemania y Austria, y cuántos esfuerzos y aún sacrificios ha necesitado consumir el Canciller para poner olvido en las venganzas, bálsamo en las heridas, honor en las derrotas, consuelo en los destronamientos, persuadiendo al Austria de que todo el secreto de su política estaba en trastocar la enemistad antigua en profunda y constante amistad, precursora de una inviolable alianza. Y en efecto, Austria es hoy el órgano de Alemania en Oriente.

La Germania que rodeó de tribus enemigas é irruptoras el antiguo Imperio romano, hállase hoy á su vez por análogas amenazas circuida en todas sus fronteras del Norte y del Oriente. La raza eslava y la raza mongólica, el Imperio moscovita y el Imperio turco, contrastan su poder como en otro tiempo los godos y ostrogodos del Danubio, los cimbrios de los Alpes, los alemanes del Rhin, contrastaban el poder latino. Alemania necesita, pues, que una potencia verdaderamente alemana ejerza predominante tutela sobre los jóvenes pueblos eslavos y sobre los viejos pueblos turcos. En la descomposicion del Oriente, donde no se sabe qué admirar más, si los seres en gérmen ó los seres en podredumbre, no puede suceder cosa tan grande como el nacimiento de las naciones eslavas

y como la muerte del Imperio turco sin que Alemania intervenga directamente y saque algún provecho de tan graves acaecimientos. Además, no hay nacionalidad poderosa en el mundo si carece de salidas hacia el Mediterráneo ó de colonias en los grandes archipiélagos y continentes de Asia, de Africa y de Australia. Alemania, pues, cree necesitar que una potencia verdaderamente alemana penetre por las riberas del Adriático en el corazón de Europa y pese con tanta pesadumbre á su vez en la península de los Balkanes que le abra un camino hacia el continente de los grandes recuerdos y de las provechosas colonias. Imposibilitada Prusia por el ministerio que ha de realizar en el inmenso campo germánico, de vaciar su vida y sus fuerzas fuera, quiere á toda costa que Austria, en cuyo seno habitan los cheques, los rutheños, los croatas, los eslavos de todas procedencias, realice una hegemonía sobre las nacionalidades eslavas del Sur, como tiene Rusia realizada y cumplida otra hegemonía sobre las nacionalidades eslavas del Norte. Así quita cada vez más su carácter germánico al antiguo Imperio de Carlos V y al antiguo ducado de Austria, para sellarlos con el oriental sello de los húngaros y para dirigirlos á los senos procelosos del formidable y temido eslavismo. No hubiera, no, Prusia cumplido su obra providencial con despedir á los austriacos de la

Confederacion germánica, si no les hubiera señalado el camino de Oriente, abierto á las proezas de su genio. Así Austria rige, siquiera sea nominalmente, á Hungría; concuerda, siquiera sea en apariencia, la voluntad de los rumanos desprendidos de su patria con la voluntad de los magyares y de los croatas; ejerce una tutela sobre los bosniacos semieslavos y semimongoles; atrae al radio de su atraccion Servia y Bulgaria, solicitadas de continuo por el inmenso Imperio ruso; y poniendo los ojos en Salónica, una entre las primeras claves de la península balcánica, demuestra que no consentirá en paz la rusificacion de Constantinopla cuando llegue de nuevo el dia tremendo, dia verdaderamente apocalíptico, en que los cristianos bizantinos lleguen á desquitarse de su terrible rota y á reivindicar su antiguo Imperio.

Pero algunas veces el Austria suele fatigarse al contemplar el proceloso camino que le señala en las tristes eventualidades de lo porvenir su terrible paraclito el canciller Bismarck, y tiende á detenerse con algun espacio en las cuestiones interiores húngaras ó germánicas. Pero cuando tal hace, levántase el férreo Canciller con imperio á decirle aquella palabra oida por Ahasverus de continuo en los aires: «Anda, anda, anda.» Y no tiene más remedio que andar, pues de lo contrario la enemiga de su implacable dominador se des-

encadenaria contra el Austria, rompiéndola en mil pedazos como el fuerte oleaje á la frágil barca en los remolinos de la tormenta. Austria no es más que Alemania en Oriente. Esos partidos austriacos tan soñadores que creen posible tener una intervencion directa en los asuntos germánicos, han de resignarse á vivir como Dios les dé á entender allá en las fronteras semiaustriacas del Imperio turco y del Imperio ruso, donde tienen todavía un ministerio histórico que cumplir y un papel providencial que representar en pro de la grande patria alemana. Tal es la órden imperiosa ida últimamente á Viena desde las tristes soledades de Varzin, pobladas tan sólo con los ensueños gigantesccos que al fin de sus dias llenan como nubes en el ocaso la vasta mente de Bismarck.

Si Austria vacila; si alguna vez recuerda que Prusia se ha engrandecido quitándole dominios morales y dominios materiales en Alemania; si compara sus desgracias con las desgracias francesas y recuerda que han ido á la par en estos últimos tiempos; si tiene alguna veleidad occidental; si pretende algun género de influencia sobre sus antiguos vasallos como Baviera ó como Sajonia; el Canciller no tarda en amenazarla nada ménos que con una alianza moscovita, lo cual equivaldria en último término al Juicio final del austriaco Imperio. Ahora mismo, con ocasion de la últi-

ma correría del ministro ruso Giers, la prensa prusiana unánime ha recordado á los austriacos qué implacable indiferencia suele tener Bismarck en sus alianzas, y cómo le daría lo mismo unirse con Austria para vencer y aplastar á Rusia, como unirse con Rusia para vencer y aplastar al Austria. El mismo Katkoff, es decir, el publicista á quien los eslavófilos de Moscú tienen por su oráculo, ha dicho que no vería con desplacer una estrecha alianza entre los dos Imperios, moscovita y alemán, de antiguo unidos por tan estrechos y formidables lazos. Y todo esto ha sobrevenido porque Kalnoky, el primer ministro de la monarquía austro-húngara, ha preferido en estos últimos tiempos fijar más su atención sobre los asuntos germánicos que sobre los asuntos orientales, y Bismarck quiere que Austria vaya de continuo y sin descanso al Oriente. Así, le ha recordado que tienen los dos Imperios germánicos una estrecha alianza cuyo principal objeto es asegurar á Prusia la posesión de Alsacia y de Lorena, como sostener al Austria en Oriente y empujarla en las complicadas eventualidades de lo porvenir hácia la codiciada Salónica. El pensamiento de Bismarck está claro. Para Prusia todos los pueblos alemanes del Norte y del Mediodía, sin excluir á la Baviera y al Austria, y para el Austria una verdadera hegemonía sobre los elementos eslavos de todo el Mediodía.

En tal reparticion de las fuerzas alemanas, Austria está irremisiblemente condenada como salió un dia de la Confederacion germánica tristemente, á salir otro dia del territorio germánico y convertirse por ensalmo en una potencia oriental de carácter semiasiático. Por tal razon, sin duda, los partidarios más fieles de tal dinastía, en estas últimas horas de su dominacion y en estos últimos instantes del año, han redoblado sus muestras de lealtad y de cariño á esa gigantesca sombra. La casa de Hapsburgo reina desde el 27 de Diciembre de 1283, es decir, que reina hoy hace seis siglos. Rodolfo I invistió en Auxburgo á sus hijos Alberto y Rodolfo con los ducados de Austria, Estiria y Carniola, desprendidos de Bohemia y que debian formar los núcleos del inmenso Imperio próximo á desaparecer de Alemania. Tal dinastía, hechura de un caballero feudal en quien se juntaban las condiciones del terrateniente germánico y del condotiero italiano, alzóse más tarde con Bohemia y Hungría, reinó en España, Portugal é Italia, tuvo á su merced los Países-Bajos y una gran parte considerable de Francia, imperó en Alemania, y extendiéndose como un sueño por las tierras occidentales y orientales del planeta, poseyó las dos Indias, siendo la cruz de su corona imperial, unida con la cruz de la tiara pontificia, el remate de la tierra, esmaltado por los resplan-

dores del cielo. Durante muchos siglos, Austria, enemiga de Suiza y sus republicanos, enemiga de los protestantes en Alemania, enemiga de los comuneros en Castilla, enemiga de los holandeses, carcelera de Venecia y Milan, acaparadora de Polonia y sus restos, ha representado la estabilidad monárquica y ha servido á la reaccion universal. Hoy el destino la expulsa de Alemania y la obliga fatalmente á ser una especie de Imperio asiático. Esto, despues de todo, prueba cómo los viejos poderes tradicionales nada tienen que hacer ya en la libre y democrática Europa.

Como siempre, Francia llama capitalmente nuestra atencion, y en Francia, el debate sobre la gestion económica. Jamas ningun presupuesto embargó los sentidos y potencias de un pueblo, como ha embargado el presupuesto último los sentidos y potencias del pueblo frances. Desde principios del otoño comenzaron á sentirse múltiples síntomas de malestar, graves en todas partes, gravísimos en democracia tan trabajadora de suyo como la democracia de allende. Bajaban á una todos los valores y á una se resentian todos los ingresos. Los más apasionados por la forma republicana sentíanse doloridos de una situacion que dañaba por extremo á la República, la cual, ó no es nada, ó es el seguro universal de todos los intereses legítimos. En esto apareció un artículo del antiguo

ministro M. Leon Say, economista ilustre, y en este artículo un terrible augurio de próximas catástrofes en la triste y malparada Hacienda. Tal artículo produjo indignacion grande, por creer, y con fundamento, el sentido comun, tan certero en fijar las cosas universalmente sentidas, que cuadraba mucho más á un ministro el prevenir todos esos males desde las alturas del Gobierno con oportunidad, que deplorarlos inútilmente desde los bancos de oposicion á deshora. Pareció tan extraño el proceder y tan inexplicable, que los recelosos vieron todos en la obra científica del economista un golpe certero á la República, y en el golpe una conjuracion urdida con maquiavelismo á favor de los Orleanses. El rumor público tomó tales proporciones, que Leon Say hase visto en conciencia obligado á templar muchas de sus primitivas afirmaciones y á reconocer que depende todo el mal-estar de un trabajo, al fin y al cabo reproductivo, es á saber: del enorme caudal consagrado en estos últimos años á obras públicas, las cuales con seguridad trasformarán el suelo de Francia y enriquecerán su cuantioso presupuesto.

No han faltado en esta campaña parlamentaria las arriesgadas proposiciones económicas que allá en la oposicion se acarician y que, una vez en el poder, se desvanecen. La derecha, por boca de un excelente orador suyo, ha exigido cien millones

de rebaja. Y como le preguntáran sobre qué género de gastos, ha remitido su rebusco al Sr. Ministro de Hacienda. Y cuando, acosado éste, ha insistido en que se le señaláran las oficinas ó gravámenes que debia en tal apuro abrogar, le han señalado los reaccionarios la instruccion pública, cual si el deber de doctrinar á las generaciones nacientes no fuese ya el primero entre los deberes sociales. La oracion del Ministro de Hacienda, M. Tirard, más informado que sus contradictores, ha venido á desvanecer las añejas dudas y á encalmar los ágitados ánimos. Miétras en el gobierno de la Restauracion solamente se consagraban 27 millones de francos para el deber de amortizar la deuda, en el presupuesto de la República se consagran hoy 137 millones, con lo cual se han amortizado, desde el año 71, 2.200 millones de deuda. Nada tan saludable para desvanecer dudas y aplacar temores como la luz vertida por los debates parlamentarios.

Una larga discusion se ha empeñado en Italia sobre tema de la mayor gravedad, sobre el juramento politico. Fórmula tan opuesta en su letra y en su espíritu al derecho de la humana conciencia, mostrará en la lógica real y objetiva de los hechos su incompatibilidad radicalísima con todo el espíritu moderno, promoviendo contínuas dificultades en el seno de las Cámaras. No se puede,

no, en sociedades asentadas sobre la base capital de la soberanía de los pueblos, y ceñidas con los derechos inviolables de la humana conciencia, proferir esas fórmulas, cuyo texto liga lo eterno, el alma y su fe, á lo transitorio, el poder y su organismo. Allí donde la monarquía proviene del pueblo y se asienta en el plebiscito, están demas los votos feudales y teocráticos, propios de los tiempos férreos y de las sociedades teocráticas. El Estado, forma externa del derecho interno, debe limitarse á procurar la coexistencia de las personalidades libres en sus respectivas autonomías, como se limita el espacio á dar sus respectivas órbitas á los diversos cuerpos astronómicos. Por eso los poderes públicos han de reducirse á exigir la obediencia material, y no el asentimiento interno, que sólo tienen derecho á recabar las religiones de las conciencias que creen sus dogmas y obedecen su moral. Nunca están más cerca de caer las monarquías que en los momentos de superstición, ajena por completo á la crítica moderna, en que se las quiere sacar de su carácter constitucional y laico para convertirlas en una especie de divinidad metafísica y abstracta. Reino tan revolucionario como el reino de Italia no debía nunca tener fórmula tan arqueológica y feudal como la fórmula del juramento.

Así es que un diputado exaltadísimo, al entrar

en la Cámara, se negó á prestar el juramento, un diputado por Macerata, de cuyo nombre no queremos acordarnos, pero á quien estamos en la obligacion de aplaudir, no por las exaltaciones de sus sentimientos políticos, por la resistencia incontrastable á la fórmula humillantísima del juramento político. Yo de mí sé decir que si la libertad de nuestra gloriosa tribuna y la tolerancia de nuestras arraigadas tradiciones parlamentarias no me hubieran permitido en su amplitud dar por nulo y no advenido el juramento á D. Alfonso XII, jamas lo hubiera prestado, porque yo puedo acatar y obedecer al Rey, pero no puedo servirle y mucho ménos exaltarle con homenajes internos tan extraños á la naturaleza de mi derecho como á la naturaleza de su autoridad. En las Cámaras italianas hoy no existe la libertad de palabra impuesta por las costumbres en las Cámaras españolas. Y no tiene más medio el diputado resistente á la feudal fórmula que abandonar el Congreso é irse á su casa. Tal ha hecho el diputado por Macerata. Mas, al dejar desocupado su sitio, ha surgido el problema de su representacion, y al surgir el problema de su representacion, el Ministerio ha propuesto una ley en cuya virtud quedan vacantes los distritos de los injuramentados despues de trascurrido cierto tiempo; ley verdaderamente reaccionaria para presentada por un Ministerio progresivo.

Así, todos los elementos conservadores se han apresurado á inclinarse del lado ministerial para darle al Ministerio su color, sabiendo, como saben, cuánto gana un partido cuando sus ideas fundamentales y propias las aceptan y validan los más implacables adversarios. Pero miéntas han procedido así los conservadores, por deber y por necesidad se han ausentado los liberales, y entre todos ellos el más venerable y querido, el célebre Cairolí. Todos á una en todas partes, áun sus mayores enemigos, confiesan que pocos espectáculos tan admirables como la presencia de tan verdadero héroe, que ha dado á la patria los mejores entre los suyos, jefe de una legion de mártires y que lleva las cicatrices abiertas en defensa de la persona del Rey, levantándose á protestar contra el entusiasmo sobrado realista de sus platónicos y ojalateros correligionarios y amigos. Á quien más han alcanzado sus justas reconvenciones ha sido al Ministro de Justicia, Zanardelli, quien, de suyo inclinado á las ideas radicales, cambia con tanta facilidad y presenta proyectos de ley, por lo ménos, arriesgados y temerarios. El viejo Depretis, como le llaman familiarmente sus amigos, se ha presentado en el combate con todos los ardores de la juventud entusiasta y todos los prestigios de la vejez honrosa. Para él no pueden dar los diputados italianos muestra mayor de ciega ingratitud

que negarse á jurar fidelidad al primogénito de aquel que, habiendo hecho la patria, la representa y la personifica en su descendencia. El diputado Crispi ha respondido al Ministro; y sin caer de lleno en la extrema izquierda ni tocar en los linderos de la República, sobria y prudentemente ha expresado el deseo de ver circuida la monarquía italiana por instituciones democráticas. La verdad es que los servicios prestados por la Casa reinante á su patria tienen poco que ver con la fórmula verdaderamente arqueológica de tamaño increíble homenaje. Ó hay que negar toda legalidad á los partidos republicanos, expulsándolos del suelo de la patria como los viejos Estuardos expulsaron á los inmortales peregrinos del seno de Inglaterra, ó hay que reconocer los derechos inviolables del humano pensamiento á la profesion y á la confesion de su fe. Nosotros creemos que la conciencia permanecerá esclava miéntras acepte fórmulas coercitivas del Estado ajenas á su natural inspiracion, y que los hombres no llegarán á ciudadanos miéntras presten acatamiento eterno á poderes movibles y transitorios.

Un asunto nó ménos grave que las fórmulas parlamentarias ha exaltado la opinion y la conciencia pública en estos últimos dias. Cierta estudiante de Trieste, más eslavo que italiano, así por su nombre, Orbendak, como por su complexion,

se habia enamorado perdidamente de Italia, cual pudiera enamorarse con locura en edad temprana de una hermosa jóven. Llamado á la reserva, no sabía cómo proceder para desprenderse de tal carga opuesta por completo á su deseo, embargado por el anhelo de la patria, que creia merecer en la religion de su entusiasmo. Así, desertó de las banderas del Austria, y se acogió al patrocinio de Italia. Pasó, pues, de los cuarteles austriacos á las escuelas romanas, donde aparecia como un apóstol y un mártir de su ciudad irredenta, ciudad italiana por la geografía y por la lengua, si austriaca por una secular dominacion y una vieja conquista. En Roma, la exaltacion natural á quien tenía tales antecedentes creció mucho, hasta darle aquella sed inextinguible de martirio, que despierta la tierra de los mártires. En todas las manifestaciones políticas veíasele con frecuencia encendiendo los ánimos y excitando al combate. Para su fantasía enardecida, ningun título tan ilustre y honroso cual ese título de romano, que han lucido tantos y tantos héroes en la antigua y en la moderna historia. Por consiguiente, nada tan fácil como comprender á la romana los caracteres de la virtud y pensar que podia servir á la patria de su eleccion personal con hechos como los antiguos de Casio y Bruto. Así, pensó en asesinar al Emperador de Austria, y este pensamiento le con-

dujo á Trieste cuando el postrer imperial viaje, y ya en Trieste, cayó bajo el poder de los consejos de guerra, que le condenaron á muerte.

Jóven, elocuente, de alta estatura, de rubio cabello y azules ojos, tenía todos los caractéres de un apóstol, y las gentes más prosaicas adivinaban, ora en sus palabras de ferventísima exaltacion, ora en sus miradas de fuego, el destinado á pelear y á morir por el pueblo de sus decididas preferencias. Así, cuando llegó á Italia la noticia de la terrible suerte que le aguardaba, conmoviése la nacion toda, especialmente la juventud liberal, desde un extremo á otro extremo de la Península, y acudió á todos los medios, á todos, de conservar una vida en peligro sugeridos por el afecto. Las personas de mayor influencia intercedieron. La solemne voz de Víctor Hugo sonó. Pero la razon de Estado ha prevalecido en los Consejos imperiales, y el enamorado de Italia ¡oh! acaba de morir en una horca.

El relato de sus últimas horas ha corrido por todas las regiones del suelo itálico. Quién describe su serenidad, quién su entereza, quién su patriotismo, quién su resignacion sublime al holocausto y al martirio. Éste cuenta que no tuvo una hora de intranquilo desfallecimiento, y aquél que fué al cadalso como sólo saben ir los verdaderos mártires, comprendiendo la enormidad del sacrificio y

aceptándola como el complemento austero de un deber penoso. Cuentan todavía más; cuentan que lanzado al vacío, sus estremecimientos fueron horribles, repitiéndose á largos intervalos, en que parecia como yerto, para colmar el propio sacrificio y justificar el horror ajeno. Todos estos relatos han corrido de boca en boca y se han agrandado con verdadera grandeza, la que tienen de suyo naturalmente sobre nuestro sombrío planeta los misterios todos de la muerte. Y ha sido universal, sí, el estremecimiento de la juventud italiana, que ha sentido en el frio lazo al cuello de su mártir ceñido los últimos restos de las ligaduras que por espacio de muchos siglos han ceñido y atado al carro de Austria los miembros encadenados de Italia. En tal situacion, hanse las manifestaciones sucedido con una grande celeridad, y han tomado un carácter de horrible hostilidad al Imperio austriaco. En las altas regiones de la política, los hombres de Estado verdaderos lamentan tamaña imprudencia y temen que siembre gérmenes de discordia entre Alemania é Italia, puesto que Alemania se halla indisolublemente unida por necesidad en estos supremos instantes al Imperio austriaco. La verdad, es que por todas partes se descubren sombras y sombras espesísimas en los horizontes de Europa.

Vuelve á presentarse como un factor importan-

tísimo de la política europea al Imperio ruso. El viaje último de su primer ministro Giers, que ha conversado con Bismarck en Varzin y con Mancini en Roma, engendra innumerables aprensiones y suscita muchos y muy graves problemas. Ese inmenso Estado, á pesar de la debilidad que le presta su poblacion escasa en sus inmensos dominios, tiende por el Occidente á dirigir sus líneas férreas estratégicas sobre las regiones centrales de Europa, y tiende por el Oriente á disputar el incontrastable predominio inglés en el vasto continente asiático. Á mayor abundamiento, su ejército se organiza con mayor pujanza cada dia, y sus armamentos se concentran con mayor fuerza en Armenia, punto estratégico de primer orden para maniobrar pronto, así en los territorios asiáticos cual en los territorios europeos del agonizante Imperio turco. Rusia tiene con seguridad enclavados dentro de Turquía dos príncipes, los cuales han de moverse á una señal suya como á ella le plazca. Es uno el Príncipe de Montenegro, y es otro el Príncipe de Bulgaria, especie de vasallos feudales obligados por sus posiciones respectivas á obedecer el indiscutible mandato de Rusia.

Podria este colosal Imperio indudablemente moverse con desembarazo, de no tener en sí la grave dificultad de sus agitaciones interiores, tanto

más terribles cuanto más ocultas. A cada paso que vais sobre la tierra de Rusia, sentís bajo vuestras plantas la oscilacion de un terremoto y el cráter de un volcan. Diríase que aquel suelo se levanta, no sobre las bases graníticas de todo el planeta, sino sobre los círculos tempestuosos de una continua tormenta. Las sociedades secretas extienden sus mallas espesas desde la corona del soberano hasta la cabaña del mugick. Los periódicos clandestinos parecen redactados por genios invisibles y llovidos por misteriosas nubes. En ninguna parte se siente con tanta verdad tal estado como en las Universidades, en esos centros de las ideas y de las esperanzas donde se renuevan los Estados con la savia recibida de las venas en que la vida universal circula con más ardor, de las venas de la juventud. Todos los conocedores de Rusia pintan á una con los más sombríos colores la triste condicion del estudiante moscovita. Como no existen allí las clases medias con el poder y con la fuerza que gozan en Francia, no puede haber esos estudiantes alegres, vivos, retozones, inquietos, que llevan por todas partes el movimiento natural de su interior y propio regocijo. Pobres hasta la miseria, enflaquecidos y enfermos por el hambre, los estudiantes rusos suelen distinguirse de todos los estudiantes europeos por la contradiccion inconciliable y eterna entre su mísera suerte y sus altas y constantes aspira-

ciones. Educados luégo en aquellas Universidades parecidas á cuarteles, ó por catedráticos ortodoxos que hacen de la religion bizantina una especie de mecanismo, ó por catedráticos materialistas que hacen del pensamiento una fuerza material, des-
péñanse necesariamente sus inteligencias y sus razones por los agrios desfiladeros de un desconsolador nihilismo. Tal estado de los ánimos engendra por fuerza una constante agitacion y derrama por doquier una eterna zozobra.

Así, las medidas más simples traen los resultados más desastrosos. Como quiera que ciertas clases no pueden mandar sus hijos al estudio si carecen de oficial apoyo, las autoridades burocráticas tienen que ocurrir á esta necesidad y que fundar innumerables becas. Tales becas daban derecho en otro tiempo á una pension mínima, pero que, cobrada personalmente, convenia para los estudios y dejaba en libertad á sus poseedores. El deseo de disciplinarlo todo y de someterlo todo al régimen militar de los cuarteles ha hecho que los estudiantes rusos se hallen hoy con una reforma, en cuya virtud, para disfrutar las becas, tendrán que vivir en comunidad como frailes y que someterse á una severa disciplina como soldados. El disgusto ha sido general en Rusia. Los estudiantes de Petersburgo han comenzado por expresar, bien ruidosamente por cierto, una protesta vehementísima, y

á los estudiantes de Petersburgo han seguido los estudiantes de Moscou, y á los estudiantes de Moscou han seguido los estudiantes de Kiew, dilatóndose por todas partes con mucho empeño esta especie de pronunciamiento estudiantil. Y ha intervenido en su represion desde la policía hasta el ejército, desde los agentes administrativos hasta los tribunales ordinarios, para encontrar al fin y al cabo que toda Rusia, y mucho más la Rusia jóven, se encuentra hoy tristemente minada por las devastadoras fuerzas del nihilismo.

Así, no es mucho que la ceremonia de coronar al Emperador se dilate indefinidamente. Los czares de Rusia no lo son á la verdad en toda la plenitud del poder hasta que no han sido consagrados, de igual suerte que los reyes de Aragon y Cataluña no eran verdaderos reyes hasta que no habian jurado los fueros sacrosantos de ambos pueblos. Por la consagracion el autócrata reconoce algunas limitaciones á su poder absoluto, siquier provengan estas limitaciones de un poder tan cómplice del absolutismo como el poder de la Iglesia. La coronacion equivalia en Rusia y en los pueblos adheridos á Rusia, equivalia en el fondo á un contrato con la nacion y al reconocimiento de que vive con alguna independendencia hasta donde parece como desaparecida y muerta bajo el sudario de un manto imperial y bajo el peso de una férrea corona.

Es un acto de tal naturaleza la coronacion de los czares, que los rusos lo elevan allá, en sus letras patrias, á mística leyenda. El Kremlim de Moscou guarda recuerdos vivos de tales ceremonias tras sus muros blancos cual los mármoles y sus torres verdes cual las selvas y sus puertas del color sonrosado de los arreboles del ocaso. Allí están las catedrales en cuyos hieráticos senos las fórmulas de la coronacion se guardan como los dogmas religiosos en los antiguos santuarios. Allí está el trono portátil de madera esculpida bajo el cual ayer se consagraba Waldimiro el Monomaco y se consagran hoy sus poderosos descendientes. Las grandes y rígidas figuras bizantinas con sus líneas sagradas, con sus ojos fijos, con sus mantos litúrgicos y con sus peanas angélicas, parecen formar allí el calendario vivo y animado de la horrible autocracia eslava. Cuando se ven aquellas alas de oro, aquellos nimbos cuajados de piedras preciosas, aquellas reliquias incrustadas en paredes por los artistas griegos esculpidas y cinceladas, parece que veis en formas y relieves la ortodoxia bizantina en su Empíreo y con todas sus innumerables jerarquías.

No hay tradicion alguna tan arraigada en Rusia como la tradicion del épico ceremonial relativo á las coronaciones. Sus mayores publicistas, sus primeros poetas las describen con la sencillez de Ho-

mero, creyendo que toda su grandeza está en su pristina y antigua originalidad. Cuando leéis tales páginas creierais leer anales propios de las córtés asiáticas y asistir á ceremonias dignas del Oriente. Los arciprestes precedidos de la cruz, acompañados de diáconos que llevan el agua lustral en jarros de oro, bendicen, rociándolo, el camino que ha de seguir y pisar la persona del Emperador. Ningun cortejo puede haber en el mundo que se asemeje al cortejo de los czares, con sus ministros vestidos á la europea; con sus damas de honor peinadas á la rusa; con los representantes de los mercados y ciudades envueltos en sus túnicas recamadas de oro; con los chinos y sus trajes de bordados varios; con los tártaros ceñidos de pieles finísimas; con los georgianos de pantalones bombachos y yataganes corbos; con los persas, que parecen sacerdotes de antiguos templos; con los turcomanos medio salvajes, luciendo unos las condecoraciones de las primeras córtés del mundo y otros los arreos de las primitivas selvas, llevando éstos á la espalda su escopeta de caza como si estuvieran todavía en los desiertos de la estepa, y aquéllos su sable bruñido y cincelado como un símbolo verdadero de las grandezas y esplendores propios de las várias razas del Asia. Son de ver los guardias imperiales con sus corazas rojas sembradas con estrellas de plata; los heraldos con su

traje de áureo tisú, la toca de encendida escarlata y la maza de oro macizo; los clérigos mitrados con sus dalmáticas rociadas de pedrería, sus tiaras persas en la cabeza, sus ricos incensarios en las manos; los palios que semejan águilas abriendo sus alas para los combates; en fin, los tronos que creeriais sedes verdaderas de dioses, los símbolos varios de la desmedida omnipotencia.

Pues bien; todas estas grandezas, todas, se ven detenidas y contrastadas por una conjuración enorme, tanto más de temer cuanto que se halla en todas partes y no se la ve y no se la toca en ninguna. Impalpable, fantástica, incoercible, cual esos seres fingidos por las leyendas de la Edad Media, vestiglos y vampiros que chupan allá en su sed rabiosa la sangre de Rusia, persiguiendo con persecuciones incansables á sus nefastos czares. Rusia en tal estado sólo puede tener una salida, la guerra exterior. Miéntas no se divierta su espíritu inquieto de la interior concentración que hoy lo consume y lo postra, no habrá, no, esperanza de quietud para pueblo tan desgarrado por ambiciones imposibles, nacidas todas de fantásticos ensueños. El Czar, encerrado en Gatchina, convertido en una especie de divinidad invisible como los micados asiáticos, no puede salir del tristísimo y apartado retiro donde se consume sino para una guerra tan poderosa y grande que llegue hasta

romper y desquiciar el planeta como una catástrofe apocalíptica.

De aquí el que Rusia no descansa hoy un punto en urdir política de tal género aviesa que atraiga tarde ó temprano un conflicto universal. Para los rusos hay cuatro gérmenes de batallas ciclópeas en el presente mundo europeo. Es uno de ellos el despojo y botín que ha de resultar para las potencias circunvecinas del postrimer día de los sultanes y su Imperio. Es otro de ellos la rivalidad eterna de la raza germánica y de la raza eslava, sujetas como las especies enemigas á eternas é irremisibles guerras. Es otro de ellos el empeño de Austria por disputarle al Imperio ruso una parte de la península balcánica y otra parte de la tutela eslava. Es otro de ellos el poder de Inglaterra sobre Asia, poder que le disputará siempre, y con grandísimo empeño, una potencia tan asiática y tan formidable como Rusia. En estas tremendas complicaciones se ven surgir elementos tales de guerra y destrucción, que pueden compararse con las fuerzas ciegas de la muerte. Cualquiera diría que va el mundo á quedar prendido en el manto de los czares como la pobre mosca en las telas de la araña. Así, la política rusa va poco á poco apoderándose del centro misterioso de la región asiática y ramificando las diversas razas contradictorias que pululan en sus inmensos senos.

Lo que más prueba su angustia en este momento y su necesidad de prepararse con una grande anticipacion á las eventualidades futuras, es el cambio de política respecto á Polonia. Todo el mundo sabe, ó por lo ménos todo el mundo recuerda, que Rusia, en su amor supersticioso á las razas esclavas, exceptuaba siempre la infeliz Polonia. Carne de su carne, sangre de su sangre, alma de su alma, no habian bastado, no, todos estos antiguos títulos y timbres para matar un ódio nacido del recuerdo de la antigua servidumbre rusa á que dió lugar la conquista polaca sobre los moscovitas, de la cual fué luégo tardío pero cruel desquite la desmembracion y el repartimiento consumados en los dias de la grande y terrible Catalina. Desde tal conquista los rusos no pudieron ver á los polacos, y desde tal desmembracion los polacos no pudieron ver á los rusos. Cuantos moscovitas querian la unidad eslava chocaban á una con esa Polonia rebelde siempre y protestando siempre contra las demas naciones de su propia familia, y especialmente contra Rusia. Descoyuntada, disyecta, dividida, rotos sus miembros, despedazadas sus carnes, Rusia no ha tenido piedad de Polonia, ni Polonia voluntaria sumision á Rusia. Cada tres ó cuatro lustros la nacion mártir se ha levantado en el potro de sus tormentos para decir y significar que no habia concluido su martirio, porque no

habia concluido su vida. Pues bien; ahora, en este momento histórico, Rusia teme tanto la union de austriacos, alemanes y escandinavos contra ella, que intenta reconciliarse con Polonia la mártir, á fin de oponer á los ódios de tantas razas enemigas la unidad y la fuerza de la familia eslava.

Uno de los acontecimientos que más han movido el pensamiento ruso á las grandes maquinaciones de que saldrá indudablemente la guerra, es el triunfo incondicional de los ingleses en Egipto. La Turquía desmembrada, y no en provecho de Rusia; el leopardo inglés sobre la cúspide altísima de las pirámides africanas; los caballeros de San Jorge por las orillas del Nilo; el Jetif preso en su palacio; el general de las tropas egipcias conducido á Ceylan: todo este contraste profundísimo de las últimas operaciones realizadas por los rusos en Turquía durante su postrer campaña, y todo este desquite británico, que, no satisfecho con la isla de Chipre, toma tambien la tierra de los Faraones, ha sublevado la conciencia moscovita, dirigiéndola resueltamente á pensar en nuevas empresas orientales.

Y los sucesos apremian. Lord Duferin, el embajador mismo de Inglaterra que ha luchado con tanto empeño en Constantinopla contra la influencia rusa, dispone á su antojo del Egipto. Nuevos tribunales se fundan. Nuevas comisiones de per-

cepcion de impuestos se organizan. El Jetif, tan sumiso, parece á los ojos británicos soberbio, y está bien cerca de ser destronado y depuesto para que le suceda un niño, sobre cuya cabeza pueda ejercer el grande Imperio sajón una simulada regencia. El código penal y el código civil dejaron de inspirarse allá en los principios del Koran para inspirarse de algun otro modo en los principios de la legislacion británica. La tierra de Egipto será definitivamente anexionada, por este ó por el otro camino, por un protectorado más ó ménos ámplio, más ó ménos hipócrita, á la tierra británica. Y esto no lo puede consentir Rusia, porque de seguro equivaldria hoy á una disminucion del poder ruso en Oriente.

Lo que más indigna hoy á los diplomáticos moscovitas es el hipócrita lenguaje de la cancillería británica. Al mismo tiempo que condenan en bélicos tribunales al desgraciado Arabi, ensalzan su programa. Segun ellos, los ingleses han cogido el Egipto y han captado su gobierno tan sólo para fundar una indígena y nacional administracion. No les ha bastado, pues, segun la prensa rusa, convencer y dominar al Egipto ; lo han escarnecido tambien é insultado. Quieren rehacer un partido nacional cuya existencia negaron siempre, tan sólo para que sirva como de responsable fiador á la descarada conquista. Todo cuanto se arbitra por los

ingleses tiende á formar en Egipto una especie de India, si bien africana. Habrá, sí, Asamblea de notables, pero concretada únicamente á tratar de agricultura. Habrá, sí, ejército nacional, pero en que sean egipcios todos cuantos hayan de obedecer é ingleses todos cuantos hayan de mandar. Habrá un virey de quien sea verdadero rey el Parlamento y la corona de Lóndres.

Miéntas Derby al entrar de nuevo en el Gabinete declara que quiere la paz con Francia y la amistad de Francia; miéntas Chamberlein se dirige á sus electores para contarles que no quiere al pié de las Pirámides una nueva Irlanda; miéntas Cárlos Dilke, otro radical, sube á la categoría de ministro en nombre de los principios progresivos, la política que triunfa y prevalece hoy en los Consejos británicos es la política de Disraeli, tan vejado en vida y tan seguido en muerte.

Aquel espíritu de Cobden, que soñaba con la paz perpétua, que sustituía las relaciones mercantiles á las relaciones guerreras, que levantaba el régimen del trabajo y hacía del Imperio inglés una inmensa legion de trabajadores, aquella política se ha olvidado y perdido como un sueño para ser tristemente reemplazada por la política de las anexioniones, de los engrandecimientos, que hoy halagan el amor propio nacional, y no muy tarde, no, sembrará guerras, en las cuales habrá de perder

más el pueblo que más comercia y trabaja. Rusia siente la batalla y husmea la sangre como un animal carnívoro. Sus huestes se levantan á los aires como se levantan los buitres en las grandes carnicerías humanas. Nacion asiática de combate, aprovecha cuantas ocasiones le depara el hado de emplear los instrumentos de la conquista y de ir á las citas de la guerra.

Mucho ha festejado la Gran Bretaña su conquista. Las tropas han sido recibidas con lauros, á pesar de haber logrado victorias tan fáciles como la victoria de Tell-Kebir. La elocuencia política de sus periódicos se ha agotado en loas contínuas á la prevision británica. Despues de haber ido con toda resolucion á la guerra, no se han cansado de decir y declarar que esta guerra tenía por objeto único la paz. Y sin embargo, pocas veces el mundo se ha visto, muy pocas, tan afligido como se ve hoy por la triste perspectiva de grandes conflictos guerreros. Italia y Austria, que parecian haber olvidado sus antiguos rencores, se insultan y amenazan mutuamente como en los tiempos de la esclavitud tristísima de Milan y de Venecia; Alemania y Rusia, que durante la dominacion de Alejandro II parecian un solo pueblo, se aperciben á tremendo choque; deslígase la estrecha y tradicional amistad existente desde la guerra de Crimea entre Inglaterra y Francia; esta nacion continen-

tal, cuya suerte se halla fija en el centro mismo de Europa, se apodera de Túnez, se arraiga en las líneas argelinas cercanas á Marruecos, se alza con la tutela de Madagascar, se apercibe á una guerra en Tonkin, y por todas partes se dirige al aumento de un régimen colonial que no le servirá mucho, por divertirla y distraerla del primero y más capital de todos sus ministerios, del influjo permanente, intelectual y moral, sobre toda la Europa moderna, influjo á que le dan derecho las preclaras dotes de su ingenio y la especial naturaleza de sus instituciones políticas. Por consiguiente, nos encontramos hoy con que las ambiciones por todas partes se han avivado y los temores de guerra por todas partes han crecido. Me serena y tranquiliza un poco el pensar que acaban de salir al gobierno dos hombres como Derby, enemigo de todas las intervenciones, y Dilke, de ideas verdaderamente radicales y favorables por tanto á la paz de Europa. Que la tranquilidad general no se resienta y Dios prospere la causa de la libertad y de la justicia: hé ahí nuestros votos al cerrar y concluir esta larga é incorrecta historia.

En el momento mismo de soltar la pluma nos sorprenden las noticias telegráficas anunciándonos que ha escrito un manifiesto el príncipe Napoleon Bonaparte, por el cual acaba de ser encerrado en la Conserjería. Tal ruido han armado los reaccio-

narios europeos con la especie de confundir la muerte del gran orador Gambetta y la muerte del gran principio republicano, que han llegado á creerlo así los pretendientes y han requerido las plumas para escribir sus memoriales. Pero la República funda su fuerza en la gran virtud propia de su organismo y en la necesidad social que la impone, y la justifica por medio de sus leyes incontestables. Así es que la Cámara no ha debido conmoverse ni apresurarse á tomar medidas de proscricion. Vencidos están todos los pretendientes, sombras de lo pasado, que se desvanecen, pero ninguno tanto como el príncipe Napoleon Bonaparte. La República no debe oír sus proclamas ni saber que un despechado la mofa y la denuesta. ¿Qué le importan los ciegos al sol y los ateos á Dios?

Enero de 1883.

CAPÍTULO III.

Leon Gambetta.

Parece imposible que, despues de haber concentrado tanta vida en las altas cimas de la tribuna, le haya herido, como al más humilde y más silencioso de los mortales, el cetro de la muerte. Ayer aún, el mármol retemblaba vibrante bajo sus manos, como un altar consagrado por los cánticos y por las llamas ; estremecíase bajo sus plantas el suelo como un volcan herido por los sacudimientos de las erupciones ; innumerables muchedumbres pendian de sus labios abrasados por el fuego de la elocuencia ; ejércitos ceñidos de ideas surgian al resuello tempestuoso de su titánico pecho ; y hoy, horrible frio le hiela , inerte rigidez le postra, eterno silencio le posee, cual si enviado por Dios como sus espíritus angélicos á llevar el verbo divino por los espacios y verter en torno suyo el éther con su color y con su luz , se perdiera y encerrára como una triste oruga en el polvo frio de los mismos mundos surgidos al acento de su pala-

bra. Yo le he visto golpeando sobre los bordes de la tribuna como el Titan sobre las cimas del Etna; yo le he oído despidiendo ideas tonantes que relampagueaban como las nubes del alto Sinaí. Parecía en aquellos minutos creadores, ese cadáver yerto, al empujar hácia adelante con su ímpetu soberano el río de los tiempos y adelantar las horas del humano progreso, disponer por completo y á su antojo de la insondable eternidad. Hoy la cabeza donde ardía la llama divina cae como una inerte piedra sobre las tablas de un ataúd oscuro, y el cuerpo que sustentára con sus espaldas la Francia y la República se desploma y se derrumba, confundiéndose, como los gusanos que habrán de devorarle, con la humilde tierra.

¡ Oh ! No pasa, no, un ilustre mortal así de pensamiento á polvo. La vida que ha latido en su seno y que ha derramado tantas ideas inmortales en el seno de la humanidad, no se desvanece como la niebla de la mañana ó como el arrebol de la tarde. Cual queda su memoria viva en el tiempo, sube su esencia incomunicable á la eternidad. Todas las convenciones de sectas más ó ménos materialistas concluyen por estrellarse contra un misterio tan sublime como el misterio de la muerte. Al ver los labios que despedían el verbo divino, mudos, involuntariamente se convierten los ojos al cielo y adivinan por intuiciones sobrenaturales, sumer-

giéndose allá en la luz eterna, que así como no se explica todo por nuestra razon propia, no se concluye todo en nuestro mísero planeta. Quien ha dado tantas alas al espíritu, no se las dió para que se troncharan en el vacío; quien sembró de ideas la conciencia como de mundos el espacio, no las sembró para que fueran una sombra más añadida por el hado á las sombras del sepulcro. El aire vital y el calor eterno circundan nuestro globo, y el alma no puede, no, estar circuida de la nada. Los átomos van á continuar la circulacion misteriosa de la vida, y el pensamiento no puede ir á sumarse, no, á las frias cenizas de un cementerio. Cuando se ven seres oscuros, nacidos en las ínfimas clases sociales, sin más fuerza que la voluntad, sin más guía que su vocacion, huérfanos de todo amparo, destituidos de toda fortuna, saber subir con esfuerzo, entre la indiferencia de unos y el ódio de otros, contrastados aquí, aborrecidos allí, calumniados en sus móviles, y llegar á las cimas de los Estados para disponer en la tribuna del alma de una generacion y en el gobierno de la suerte de un pueblo, ejercitando un ministerio de que no se dan cuenta ellos mismos, y cumpliendo un fin para ellos mismos incomprensible, unas veces levantados á las alturas y otras veces hundidos en las profundidades por inexplicables encrespamientos, persuádese ¡oh! el alma ménos reflexiva

fácilmente á creer que hay en las sociedades como en el Universo una finalidad providencial y que rige á los hombres como rige á los mundos una ley dimanada indudablemente de la suprema y divina inteligencia, la cual advierte más y enseña más á quien ménos la reconoce y la proclama.

Los que columbramos y advertimos el ministerio providencial de Gambetta, cuando sólo sus condiscípulos más allegados le conocian en Francia ; al considerar su vida, heroica verdaderamente, rompiendo con la pólvora de sus altas pasiones todos los obstáculos ; su muerte, sobrevenida despues de cumplir los destinos con que soñára en su buhardilla de mísero estudiante, nos confirmamos en dos ideas capitales de nuestro sér en la inmortalidad del alma espiritual y en la existencia de nuestro pródigo Criador.

No habia más que ver á Gambetta para descubrir en él su complexion verdadera, la complexion del combatiente. Naturaleza lo habia forjado para las batallas. Su elocuencia misma fulminó más que iluminó. El exceso de sañgre prestábale ardores continuos de guerra. El cuello grueso, las espaldas amplias, los brazos nervudos, los pulmones resonantes, la voz fragorosa, la melena desordenada, el ojo ardentísimo, el talante imperioso, el aire soberbio, acusaban el atleta cargado de frases tan cortantes como armas de una campaña perdu-

nable. La hirviente sangre servíale para la tenaz y activa accion como sirven al movimiento de la máquina los hervores é impulsos del vapor. Alguna vez se le subia de súbito á la cabeza y le causaba vértigos increíbles de rabia y arrebatos cuasi dementes de ódio. Pero, serenándose pronto, recobraba un fondo de dulzura inalterable, propio de aquel natural exaltadísimo, necesitado de un frecuente reposo. Así, lo mismo sus discursos que sus actos, inclinábanse, por una propension de toda su naturaleza, incontrastablemente al combate. Su vida pública fué una guerra tenaz. Tres luchas homéricas la constituyen : primera, la lucha con el Imperio y sus cortesanos ; segunda, la lucha con el extranjero y sus irrupciones ; tercera, la lucha con los reaccionarios y sus maniobras. En el Cuerpo Legislativo, en el Hôtel de Ville, en la prefectura de Tours y en las elecciones subsiguientes de diez y seis de Mayo, Gambetta, como Aquiles, empleó la eterna pasion del guerrero, empleó la cólera. De modo que Dios no habia hecho, no, al grande hombre infeliz, ni para la victoria, ni para el reposo; lo habia hecho para el combate; y en cuanto el combate concluyera se durmió en el eterno sueño y entró en la inmortalidad, como un sér que ha cumplido todo su ministerio providencial y ha realizado toda su épica obra.

Y, sin embargo, este hombre, tan ardoroso y valiente, dió á la democracia francesa con empeño tenacísimo el carácter legal que tuvo en los años próximos á su victoria, y que tanto le valió luego para gobernarse con calma en medio de los mayores peligros y reponerse pronto, sin apelar á la guerra civil, de los hipócritas atentados dirigidos contra su derecho por los últimos esfuerzos de la reaccion espirante. Despues de haber puesto en la frente del César la marca del réprobo con su arenga indignada sobre el martirio de Baudin, como las muchedumbres, ansiosas de un pronto y súbito cambio, le pidieran que las acaudillára, no tanto en los comicios como en los combates, contestóles Gambetta que habian pasado los tiempos heroicos de la democracia francesa, y que precisaba esperarlo todo, primero, de los errores del enemigo, y despues, de la fuerza del tiempo y del concurso de las circunstancias. Advenido al Congreso de su nacion por el voto de colegios tan ardientes como los colegios de Marsella y de París, explicó á los suyos la naturaleza pacífica de un mandato recibido para pelear en la tribuna y no en las barricadas. Inútilmente las agitaciones crecian; los discursos de Flourens y de Rochefort tronaban; los funerales de Víctor Noir, asesinado por un príncipe de la familia imperial, sobrevenian como la coyuntura propicia de una revolu-

cion formidable ; Gambetta mantenía su serenidad olímpica y conjuraba con esfuerzo á los suyos para que perseveráran firmes en ir á las discusiones del Parlamento y esquivar los combates de las calles. Se necesita subir con el pensamiento á tales tiempos y evocarlos y repetirlos con la memoria para estimar todo el valor que había Gambetta menester en aquellas ocasiones solemnes de furia revolucionaria.

¡ Las calles ! Nada tiene que hacer un diputado en las calles. Su mandato es legal ; su oficio, de discusion, de ideas ; su arma, la palabra y el voto ; su barricada, la tribuna. Estos hábitos revolucionarios nos han perdido siempre y han malogrado nuestras más preciadas conquistas y nuestros días más propicios. Enseñándole al pueblo la perspectiva de una revolucion, la cima de una barricada, se le acostumbra á esperarlo todo de la fuerza y á no librar nada, absolutamente nada, en el derecho. Y no hay necesidad de aguijonearlos para que vayan á la pelea á estos pueblos latinos, más prontos á buscar en un minuto la muerte por la libertad que á consagrar á la libertad toda la vida. Tienen el heroísmo de un momento, que improvisa soluciones brillantes, pero frágiles, verdaderos seres efimeros, y no tienen aquella perseverancia de los sajones, aquella tenacidad de los suizos, que trabajan medio siglo por conquistar una idea,

por implantar una reforma ; que mil veces vencidos vuelven á luchar en los comicios y en los Parlamentos, cual si nada hubiera pasado; y que no están jamas seguros de su victoria cuando ven triunfar sus ideas, sino cuando las ven aceptadas por la conciencia pública, queridas por la voluntad general, puestas bajo el amparo de todos los poderes públicos y por el concurso de todos los medios legítimos en el altar sacrosanto de las leyes. Luégo, ¿á qué vais á prometer revoluciones á los pueblos en un dia señalado, á una hora fija? ¿Teneis en vuestras manos las fuerzas sociales? ¿Imaginais que se puede mover el mundo con la palanca de la voluntad individual, y que se pueden calcular los eclipses de la pública autoridad como se calculan los eclipses del sol y de la luna? Los tribunos, los escritores no tienen, como tenía el Júpiter antiguo, siempre el rayo hirviendo y centelleando á su lado; no tienen la revolucion á su arbitrio. Ideas escapadas de muchas conciencias; efluvios esparcidos por muchas indomables aspiraciones; el trabajo lento de los tiempos; las combinaciones providenciales de los sucesos; algo que se escapa á la voluntad de los individuos y que entra en la categoría de los grandes elementos sociales, decide un cambio radical, una revolucion, casi siempre alcanzada ántes por la fuerza de las ideas y las cosas, que por las conjuraciones

y los combates de los partidos políticos. El estallido de la revolucion es un momento en el tiempo. Pero la condensacion de las revoluciones exige largos años, á veces largos siglos. Sobre todo, se necesita una generacion pronta al sacrificio y dispuesta por las generaciones anteriores. El hombre que se compromete á hacer una revolucion en dia dado por su esfuerzo solitario, por su propio ímpetu, por su fanatismo, su ambicion ó su despecho, es como los césares, semi-dioses de los antiguos, un verdadero insensato, que cree personificar él toda la sociedad.

Rochefort y Flourens la prometian; Gambetta la dejaba, con prevision, á los tiempos y á las circunstancias. Él y aquellos políticos, ó ménos fanfarrones, ó más previsores, que no prometian la revolucion para un momento dado, para un dia fijo, caian de la estima del partido republicano en impopularidad verdaderamente triste, verdaderamente afflictiva, porque indicaba con qué asombrosa rapidez cambian las opiniones de los pueblos y los ánimos se pervierten. Una de aquellas noches del mes de Noviembre de 1869, mes de ardor revolucionario, fué Gambetta, ídolo del pueblo en el mes de Abril, á una de estas tempestuosas reuniones, y, como parecia natural á cuantos le rodeaban que subiera á la presidencia, subió. ¡Nunca lo hubiera hecho! La reunion

protestó con estrépito, y el orador se vió obligado á decir con franqueza que no queria imponerse al pueblo y que esperaba la confirmacion de su cargo. Le confirmaron; pero la eleccion de los individuos restantes de la Mesa produjo verdadero tumulto. Uno de los que más gritaban, de los más desaforados, de los más intransigentes; uno de esos que, no pudiendo llamar sobre sí la atencion por sus méritos, la llaman por sus extravagancias, y que á grito herido se decia enemigo de la propiedad individual y partidario de la política anárquica; demagogo de temperamento, comunista de tradicion, fué nombrado de la Mesa, pero no tomó asiento, porque no queria mancharse con el contacto de un Gambetta, con el contacto de un traidor. Á un republicano que sostenia el principio de que los diputados se nombran para el Parlamento y no para las calles, para las discusiones y no para los combates, le interrumpieron á injurias y le ahogaron el discurso en la garganta con los gritos y las vociferaciones de « ¡viva Rochefort! », el expendedor y repartidor de revoluciones en dia fijo, hora precisa y á domicilio. En cambio fué acogido con espasmos de frenético delirio un orador que, levantándose con las manos crispadas, los ojos centelleantes, la melena esparcida, ronca la voz, trémulo el acento de ira, preguntó á Gambetta qué respondia al epíteto de

traidor. « El desprecio », debió decir el insigne repúblico. Pero en una de esas frases, tan admirables por su concision como por su energía, dijo:

— No quiero contestar, porque no quiero ser presidente y acusado. No rebajaré la majestad del sufragio universal hasta defenderme contra el órgano de una minoría usurpadora.

¡ Traidor ! Hé aquí otra de las manías de los partidos revolucionarios en Europa ; desacreditar á sus jefes , maldecir de ellos , ofenderlos , desautorizarlos , desoir sus consejos leales , burlarse de sus lecciones aprendidas en larga experiencia , ponerlos á los ojos de sus enemigos como vendidos al poder , como traidores á la causa del pueblo , que es su propia causa ; y luégo , cuando merced á todas estas faltas que son verdaderos crímenes , llega la hora de las desventuras y de las derrotas , fácilmente evitables con sólo oír la voz del patriotismo y de la autoridad ganada en largos años , echar sobre ellos , los desoidos , los acusados , los puestos en la picota del ridículo , los abandonados de todos , el abrumador peso y la tremenda responsabilidad de las desgracias que han previsto , de las consecuencias que han anunciado , de los males que han querido á toda costa evitar á los suyos y de que son las primeras víctimas sin haber sido en ellos ni cómplices ni reos .

En medio de tantas dificultades , aunque ase-

diado á la continúa por el grito atronador de los intransigentes, Gambetta organizaba su partido, y de una manera muy sólida y muy firme, dentro de las leyes. La nueva era por el emperador Napoleon abierta con la designacion del demócrata Ollivier para el gobierno y con la restauracion del régimen parlamentario en las Cámaras, no bastó á desfruncir su altivo ceño ni á modificar su constante política. Irreconciliable con el Imperio, de quien desdeñaba con desden verdadero hasta la devolucion graciosa de los derechos arrebatados en la noche del dos de Diciembre, no queria salir, ni en imaginacion, del camino de la legalidad. Esta resolucion suya le obligaba con su complicado carácter á reprimir toda veleidad revolucionaria en las suyas y á descargar golpe sobre golpe con dureza sobre el Emperador y el Imperio. Los funerales de Víctor Noir, víctima de la familia imperial, no habian traído á París una revolucion, como Rochefort esperára; mas habian traído á Rochefort un proceso. Periodista éste y diputado, se desquitaba con su graciosa y ligera pluma de las deficiencias de su torpe y pesadísima lengua. Y asesinado uno de sus redactores por la pistola de un príncipe de la sangre, asestó á toda la dinastía el rayo de su indignacion. El artículo fué denunciado, y pedida naturalmente al Parlamento la indispensable autorizacion para intentar

el proceso; demanda que dió coyuntura oportuna y brillante á Gambetta para esgrimir su hercúlea y atronadora elocuencia. La discusion de las autorizaciones fué tormentosísima. Los grandes oradores de la izquierda demostraron de la manera más evidente y más palmaria que aquel proceso era un trascendental error político. Hasta en los mismos grüpos de la mayoría hubo un corazon bastante generoso y una palabra bastante levantada para pedir que se respetára en el diputado de la nación el principio de la soberanía nacional. Tanto honor cupo al honrado Marqués de Piré, el cual pedia que se pusiera sobre la silla de la Presidencia el retrato de Borssy d'Anglas, aquel Presidente de la Convencion, tranquilo cuando los fusiles apuntaban á su cabeza y á su pecho; tranquilo cuando las injurias más soeces y las amenazas más homicidas sonaban en sus oidos; tranquilo, al presentarle en una pica la cabeza del diputado Ferand, é inclinándose profundamente para saludar, bajo el sable de sus verdugos todavía teñido en sangre humeante, al mártir de las leyes. Estas palabras fueron tomadas por una extravagancia y desatendidas lo mismo de la mayoría que del Gobierno.

Pocos debates dan una idea tan clara de la genial elocuencia de Gambetta como este debate. Gravísimo incidente sobrevino. Emilio Ollivier

añadió en el extracto oficial de un discurso dirigido á Leon Gambetta, cierta palabra no pronunciada en la sesion. El Ministro habia dicho en la tribuna, dirigiéndose al Diputado : «necesitariais un relámpago de patriotismo», y añadió en el extracto: «necesitariais un relámpago de patriotismo y de conciencia.» Gambetta se volvió airado contra tal adición, diciendo que no reconocia en nadie el derecho de calificar su conciencia, y mucho ménos en quien la tenía tan cambiante y movediza. Las reclamaciones fueron ruidosas. Ollivier le dijo que se creía fuera del alcance de esos ataques, pensando que si la conciencia de monsieur Gambetta no hubiera estado por la pasion perturbada, jamas tratára de agraviarlo con aquellas injurias. «No os he dirigido ninguna injuria, decia Gambetta ; os he recordado que no teneis derecho para atacar mi conciencia. Os he dicho y os repito que no reconozco en una conciencia tan movediza como la vuestra, jurisdiccion alguna sobre la mia, que es firmísima. No os disputo el derecho á cambiar de opinion ; pero hay algo que no explicaréis jamas satisfactoriamente, y es el haber coincidido vuestro cambio con vuestra fortuna.» Magullado y maltrecho, el Ministro se limitó á responder, como quien sale del paso y burla el cuerpo, que no habia necesidad de defender su entereza de carácter y su consecuencia política.

Gambetta, cada vez más irritado, y cebándose en su presa con verdadero furor, le replicó: «Vuestros electores os han declarado indigno.» «El ejercicio del poder, dijo Emilio Ollivier, es una carga pesada de conciencia.» «No, le replicó Gambetta, no es una carga de conciencia, es un cargo de corte.» «Desde mil ochocientos cincuenta y siete, sólo he tenido un pensamiento, exclamó Ollivier, la libertad.» Gambetta le dijo: «Pero os habeis llamado republicano.» «Yo, añadió Ollivier, he cumplido mi juramento. En mil ochocientos sesenta y uno dije al Emperador que diera la libertad, y yo, aunque republicano, le seguiria y admiraria. La ha dado, y le sigo y le admiro. He cumplido mi promesa.» Despues de estas palabras del Ministro, la mayoría pugnaba y gritaba para que se cerrase el debate. Gambetta no queria dejarle sin respuesta y hablaba en medio del tumulto. El Presidente pronunció estas palabras: «Llamo á M. Gambetta al órden.» «Señor Presidente, está bien, dijo Gambetta; pero llamad ántes á ese Ministro á la honra.»

En esto sobrevino una demostracion práctica de que, obediente á su origen, el Imperio usa del Parlamento para caer en el plebiscito. La tribuna resonante, las Cámaras abiertas á una discusion continua, los partidos organizados ya y con sus jefes á la cabeza, los ministros cuasi responsables,

la presidencia del Ministerio con una especie de autonomía peculiar, todas estas graves transformaciones iban dando al régimen napoleónico todo el carácter de una república parlamentaria, cuando ménos, de una monarquía representativa, y Napoleón III, metido mal de su grado en aquellas sirtes, comprendía que acababa el Imperio si desistía de su origen y dejaba en manos de los parlamentarios el carácter y la complexion de dictadura plebeya. No podía, no, llamarse nadie ya entonces á engaño. Napoleón revelaba todo el móvil de su política y todo el secreto de su plebiscito en las siguientes palabras: « Dadme nueva prueba de confianza, depositando en la urna un voto afirmativo, y conjuraréis las amenazas de la revolución, y asentaréis sobre sólidas bases la libertad, y haréis más fácil en lo porvenir *la trasmisión de la corona á mi hijo.* » En efecto, el asegurar la dinastía era todo el empeño de la política, todo el móvil de los plebiscitos. Emilio Ollivier, que se había dado á imitar el estilo de Lamartine careciendo por completo de su estro poético y de su gusto literario, trazaba en tierna pastoral égloga una imagen virgiliana de aquel César, consagrado como el labrador á contar sus bueyes y sus borregos para transmitirlos con toda su hacienda al hijo de sus entrañas en la hora de bendecida muerte. Esta literatura sentimental, en que los tigres se

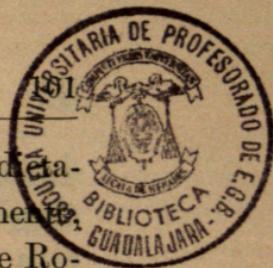
vuelven corderos, me recuerda los idilios con que los infames esclavistas bordan el tema de la esclavitud : el negro, seguro de su alimentacion, cuidado como el mejor caballo ; recluido en su cabaña á la sombra del cocotero y de la palma real ; advertido, más que castigado, por el cepo y el látigo ; educado y corregido en el tormento ; teniendo á su amo por su patriarca y á su ama por su diosa ; cantando el tango melancólico que recuerda el viento del desierto y el rumor de las selvas ; incapaz de sentir sus cadenas materiales, su rebajamiento moral, su falta de dignidad, su condicion de cosa aprovechable, la venta de su mujer y de sus hijos, porque vive completamente despojado de personalidad y de conciencia, como enorme feto en las pródidas entrañas de la Naturaleza. La transmision de las naciones como se transmiten los establos, ¿no os parece el mayor de los sarcasmos del poderoso y la mayor de las injurias al débil ?

Los cortesanos auxiliaban poderosamente á su César. En la calle de Rívoli, bajo la presidencia del Duque de la Albufera, habian organizado una comision directiva, que escribia programas, circulares, cartas, carteles, periódicos, proclamas, folletos, boletines, conjurando al pueblo á que votase « sí » y diciéndole que salia de una Constitucion cesarista y entraba en una Constitucion liberal. ¡ Ah ! Muchos y muy poderosos esfuerzos

eran necesarios para contrastar tanto poder. La izquierda de la Cámara comprendió que estaba perdida si no podía organizar, frente á frente de la comision imperial, una comision republicana. Y organizó é instaló en la calle de La Sourdière una junta directiva que se levantára frente á frente de la junta directiva instituida é instalada en la calle de Rívoli. Pero ¡cuántas dificultades y cuántas divisiones! ¡Qué organizacion tan poderosa, qué fuerzas tan grandes, qué conjunto de miras tan completo, qué unidad de pensamientos, de accion, en todos los imperialistas, y qué divisiones tan profundas, qué desorganizacion tan completa, qué falta de unidad de idea y de unidad de accion en las filas republicanas! Mil cuestiones personales surgian á cada paso, llevando consigo mil irremediables quebrantamientos.

Aparte estas cuestiones personales, habia otros motivos de disentiimiento más profundos y más graves entre los miembros de la comision republicana. Unos, como Simon y Grevy, pertenecian á la escuela que deseaba concluir con los poderes permanentes y hereditarios, para reemplazarlos por los poderes amovibles, responsables, republicanos, pero sin salir del régimen parlamentario ni quitar á las clases medias la direccion de la democracia; otros, como Peirat y Delescluze, estaban por la revolucion francesa, por el

DEL AÑO 1883.



Código del 93, por el Estado fuerte, por la dictadura republicana, por la Convencion permanente, por la omnipotencia jacobina, por el ideal de Robespierre ; miéntras algunos seguian creyendo que toda reforma era inútil, todo trabajo estéril, todo tiempo perdido, toda combinacion política ilusoria si el partido democrático no entraba de una vez en pleno socialismo.

Armonizar estas ideas contradictorias, reunir en uno solo estos partidos opuestos, hacer de estos capitanes desbandados huestes aguerridas, con un solo propósito y una sola bandera, obra difícil parecia á primera vista ; pero la llevó á cabo, con grande tacto en su proceder y mucha elevacion en su pensamiento, Gambetta, que se habia ganado la jefatura del partido por el vigor de su frase, verdadero continente de ideas profundas, y por el acierto de su conducta, que mezclaba con la energía de un convencional antiguo la maravillosa flexibilidad propia de su estirpe italiana. El discurso pronunciado en tal debate constituye quizas el primero entre los timbres del orador al reconocimiento de la posteridad. No encontraréis en él aquellos esplendores literarios difundidos por la elocuencia de un Berrier ó de un Guizot ; pero sí la fijeza en el punto capital de la polémica y la exactitud matemática en la definicion del Estado político y las enumeraciones lógicas de las verda-

deras indeclinables consecuencias. Gambetta proclamó que la triste apelacion al plebiscito significaba el reconocimiento positivo de una superior soberanía nacional y la revocabilidad inmediata de todos los poderes imperiales. Efectivamente buscaba el César en aquella maniobra política la seguridad de un legado y se hallaba de manos á boca, impensadamente, con el único heredero permanente de todos los poderes fundados sobre la soberanía nacional: con el pueblo. Aquel vigoroso discurso de Gambetta quedó como un eterno comentario al plebiscito y como una próxima reivindicacion de la soberanía nacional inmanente y eterna.

En esto, la nacion tuvo que reivindicar materialmente su poder. Los que á sí mismos se llamaban personalidades providenciales, mandadas por Dios para enfrenar la revolucion y sostener la sociedad, cayeron en la sima sin fondo de una guerra sin nombre. Vencidos, rotos, prisioneros, malbarataron el honor á cambio de unos dias de vida, y trajeron la desmembracion del suelo nacional, que acaparáran y retuvieran en una noche luctuosa, eternamente infame. Los republicanos quisieran que no les tocára en suerte la horrible liquidacion del régimen imperial; pero no podian desertar del puesto de peligro á que les llamára la fatalidad incontrastable sin desertar tambien de

todo sentimiento de honor. Los partidos no se suceden unos á otros por su propio albedrío, sino por leyes más altas y más inevitables. Gambetta, en quien predominaba la exaltada virtud del verdadero patriotismo, creyó que un retroceso inmenso venía si la República se apagaba en Francia y Francia se perdía para Europa. Movido por esta convicción, á un tiempo nacional y humana, intentó contrastar con su voluntad impetuosa los inflexibles decretos del destino. Y á este pensamiento se transfiguró. Quien le hubiera visto como yo ántes y despues de aceptar tamaña empresa, imaginára encontrar en él un hombre distinto. La defensa nacional se levantó en su corazon á un verdadero sacerdocio. De las ruinas quiso extraer una Francia nueva. De la derrota pensó forjar el triunfo. Dominado el Este, vencida Estrasburgo, entregada Metz, asediado el sacro recinto de París, constreñido el Gobierno á guarecerse tras la línea del Loira, que significaba media Francia perdida y disgregada de la otra media, no tuvo un momento de desmayo en aquella lucha gigante y á brazo partido con la fatalidad. Él constituyó un Ministerio de la Guerra con generales improvisados, ingenieros civiles, marinos; Ministerio por el cual circulaba el estro de un ardiente patriotismo, si no el genio de la verdadera inspiracion militar. La leyenda del 93 tomaba de nuevo cuer-

po allí, si no con igual fortuna, con empeño igual. Apénas es creible, apénas, el número de soldados que se reunió, el material de guerra que se acumuló, el núcleo de ejército que se improvisó, la resistencia que se opuso, en medio de la desesperacion, al poder incontrastable del hado y al decreto inflexible de la victoria. Diríase que aquel hombre vencía, por un milagro de su voluntad, á la muerte, y arrancaba de su sepulcro á Francia soterrada, como el Salvador á Lázaro corrupto. No pudo una fuerza menor y desorganizada vencer á una fuerza mayor y orgánica. Las leyes de la mecánica se sobrepusieron á las leyes de la moral. Tuvo el universo entero implacable indiferencia por la justicia ó la injusticia. Reinó á su antojo la ciega fatalidad. Alemania no sólo tenía su propio ejército innumerable, tenía el ejército entero de Francia completamente á su merced. Por salvar el trono ántes que la nacion, los imperiales, en su horrible campaña, lo habian entregado al invasor. Gambetta no pudo salvar la integridad de Francia; pero salvó la honra de Francia. Merced á él cayó la nacion, traicionada por el cesarismo, con la protesta en los labios, las armas en la mano y la esperanza del desquite en el corazon. Le habia devuelto con tal esfuerzo á su patria la vida que de su patria recibiera.

Su viaje aéreo, tan ridiculizado por sus enemi-

gos, le dió renombre universal, no sólo entre los suyos, entre los pueblos extranjeros. Yo, en aquellos dias, pasados algunos en la prefectura de Tours, entreteníame mucho escuchando las aventuras aerostáticas. Recuerdo ahora mismo una expedicion contada con viveza por uno de los aeronautas. Cinco eran los atrevidos. Á las ocho de una mañana de Octubre habian abandonado París, alzándose á los aires desde la estacion de Orleans. En quince minutos subieron ochocientos metros. En los primeros momentos parecian estar inmóviles. Desde aquellas alturas contemplaban París como un estudiante de Geografía contempla un mapa en relieve. Los monumentos, los edificios, las calles, todo se dibujaba clara y distintamente á su vista. Una hora pasaron sobre París, como si París los atrajese ó como si el globo obedeciera á las ideas, á los sentimientos de su tripulacion y no quisiese apartarse de aquella gran ciudad, más amada de sus hijos cuanto más perseguida y desdichada. En dos horas, el viento los llevó hácia el bosque de Bolonia, desde donde pasaron pronto sobre las líneas prusianas. Los soldados enemigos se dedicaban á cazarlos. Las descargas sonaban, las balas silbaban, pero ninguna les tocó. En cambio los navegantes llovian sobre los prusianos hojas republicanas impresas en París. Á la disminucion del lastre corresponde rápido

ascenso. Desde una niebla frigidísima, dentro de cuyos pliegues apenas se veían los viajeros mutuamente las caras, cual si en vez de subir á las espléndidas regiones de la luz descendieran á los abismos, comienzan á entrar en espacios iluminados. Primero el sol, pálido como una gigantesca pavesa, extiende por las nubes mortecinos reflejos. Despues salen de esta oscuridad y entran en pleno azul, en aire puro, luminoso, alegre, donde la vista y el pensamiento se dilatan. ¡Maravilloso espectáculo! me decían. Á nuestras plantas, blancas nieblas como encrespado océano de nieve; sobre la cabeza, el cielo, en azul espléndido y en su serena alegría; por todas partes la inundacion de los rayos solares, quebrándose en reverberaciones increíbles, en arreboles que la fantasía no puede combinar; al Oriente, rojas fajas de vapores con fuerza iluminados; al ocaso, tintas desvanecidas, tintas de colores del mar; el astro del dia subiendo á su zénit en aquella soledad, como si brillase únicamente para los seres que lo contemplan desde la frágil nave; y allá en lo profundo la sombra del globo, proyectándose sobre las nubes, sombra oscurísima rodeada de una aureola resplandeciente con todos los colores del iris. En estos momentos llegaron hasta dos mil metros. El viento empezó á tener fuerza y el globo á marchar con celeridad. Á traves de las nubes pasaban á los ojos de los

viajeros los pedazos de tierra, los campos, las ciudades, los rios, de una manera tan rápida, que daba vértigos y producía el efecto de los colores de un cuadro disolvente. En algunos momentos creyeron haber andado hasta encontrarse sobre el Océano, por la parte del Havre; pero no se habían alejado tanto. Cerca de las cuatro de la tarde bajaron en el departamento del Eure. Habían recorrido en ocho horas un trayecto de noventa y cuatro kilómetros. El peso total, con toda su carga, de aquel pájaro gigantesco, era 1.436 kilos. Estas inmensas aves artificiales, y las inteligentes palomas mensajeras, fueron los medios únicos que tuvo París asediado de comunicarse con las provincias.

Parece imposible que la pasión política llegue hasta el extremo de convertir un acto de arrojo, como la increíble ascension de Gambetta, en un acto ridículo. Pero la verdad es que los pueblos, más justos, se lo han cantado como una gloria, y esa entrada en las regiones celestes y esa caída de los aires le ha valido una mágica leyenda. ¡Bien había menester tal compensacion el destinado á pasar por las terribles pruebas del terrible día de la definitiva derrota y del horroroso tratado!

Imaginaos cuánta sería la extrañeza de Gambetta en el momento de recibir la nefasta nueva. Ya estaba en Burdeos. El primer rumor vino del

Oeste por las correspondencias del *Times*, verdadera gaceta del Canciller imperial. El Gobierno de Burdeos se apresuró á desmentirlo. Hacía pocas horas que el Ministro de la revolucion acababa de pronunciar un discurso en Lila, conjurando vigorosamente á todos los franceses á que peleáran con ahinco, sí, con desesperacion de la propia vida, pero con esperanza firmísima en la inmortalidad de su Francia. El vigor de su enérgica frase parecia tomar filo y cóрте en la adversidad, templarse en las lágrimas que silenciosamente venian á sus ojos para caer, contenidas por su viril ánimo é invisibles á cuantos le rodeaban, como una lluvia de plomo derretido, sobre aquel gran corazon. Gambetta decia que un pueblo decidido á vivir no puede ser vencido.

¡Imposible describir la impresion que en ánimo tan fuerte como su ánimo produciria la confirmacion súbita de las noticias llegadas por la prensa inglesa! Un rayo hirió su frente cuando el telégrafo le dijo que el Gobierno habia ajustado la capitulacion para la capital y el armisticio para toda Francia. Cuéntase que un ataque epiléptico le sobrecogió y que estuvo en gravísimo peligro su existencia. Burdeos se exaltó como se exaltan los pueblos meridionales, con delirio. Los edificios públicos no bastaban á contener las numerosísimas reuniones en que la suerte de Francia se discutia. Todas uná-

nimes protestaban contra el armisticio y pedian la guerra sin tregua, la guerra á muerte. Muchas de estas reuniones enviaron sus comisionados á Gambetta para sostenerle en tan amargo trance y alentarle en su enérgica fe. No pudieron verlo, porque se habia encerrado, entregándose á todo el dolor de su corazon y á todas las meditaciones exigidas por la tremenda responsabilidad que su nombre le impusiera ante su patria y ante la historia. ¡Supremas horas aquellas! ¿Aceptaba el armisticio? Perdia su significacion política, soltaba de las manos su bandera, desdecia el ideal de su vida, abandonaba la patria á la misma debilidad mil veces maldecida en aquellas proclamas tuyas cuyos viriles acentos recogerá la historia. Gambetta cree haber merecido que la posteridad le señale como un frances incapaz de dudar ni un momento de la inmortalidad de Francia. No podia, pues, aceptar el armisticio. Pero si lo rechazaba, la guerra civil sobrevenia; con la guerra civil la division del gobierno; con la division del gobierno la division del partido republicano; con la division del partido republicano la muerte de la República; con la muerte de la República la muerte de Francia. En crisis tan extraordinaria y suprema, Gambetta resolvió declarar que la guerra se sostendria rudamente. El armisticio, en su sentir, sólo sería una tregua, y la tregua una escuela de disciplina. ¡Im-

posible creer que muera Francia! Y Francia votará, por medio de sus representantes, la integridad de su independencia, la salvacion de su honra, y todos los recursos en gentes y en dineros indispensables á salvar estos dos sagrados intereses que todo frances ha recibido en depósito de las pasadas generaciones y ha de trasmitir á las generaciones venideras.

Lo más triste del caso era que preguntaba al Gobierno particularidades del armisticio y no recibia respuesta. Decia que viniesen á Burdeos, como habian prometido, algunos de los ministros, y no llegaban. Para mayor confusion y tristeza, el armisticio no se cumplia en el Este. Los prusianos, protestando que aquellos departamentos les tocaban por la distribucion convenida, perseguian á los soldados de Bourbaky al mismo tiempo que bombardeaban á Belfort, la gran fortaleza de Vauban, último refugio en el alto Rhin de la bandera tricolor. Los infelices soldados de Bourbaky, despues de haber pasado unos dias horrorosos, despues de haber recorrido largas jornadas á 12 grados bajo cero sobre la nieve petrificada, casi desnudos, muertos de hambre, porque la furia de los elementos habia cortado todas las comunicaciones, al tocar á la frontera de Suiza, á la tierra neutral, á la tierra de refugio, son cañoneados sin piedad por los prusianos y mueren á cien-

tos fuera de combate , sin responder á la agresion, sin haber empeñado ni sostenido batalla, víctimas de una ferocidad increíble al mundo civilizado y gravosa para ese ejército aleman, que, pretendiendo representar la más alta cultura europea, reproduce todas las salvajes iras de la más cruel, de la más implacable barbarie. Las tierras cercanas á Suiza se hallan sembradas de cadáveres.

¿Cuáles serán las condiciones de paz que el vencedor imponga á esta nacion tan destrozada, tan profundamente herida? Segun unos, cruelísimas. Cesion de la Alsacia y la Lorena; 10.000 millones de francos por gastos de la guerra; una colonia en el Asia; la mitad de la escuadra. Segun otros, cesion de la Alsacia solamente, 2.000 millones de francos, algunas rectificaciones de fronteras provechosas para Alemania por la parte de la Lorena germánica.

Gambetta convoca la Asamblea, con el propósito de que se niegue á todas estas condiciones y sostenga la guerra, más gloriosa cuanto más desesperada. A este fin pone en su decreto de convocatoria cláusulas gravísimas. La primera es que ninguno de los príncipes que pertenecen á las varias familias pretendientes de una restauracion monárquica puedan ser elegidos. Yo apruebo esta cláusula. Esos príncipes que creen siervos de sus privilegios la Francia, y la seducen con sus pres-

tigiosos recuerdos, y la explotan bárbaramente; y luego, por aumentar algunas perlas á su corona, algunos dias de gloria á sus anales, algunos títulos de orgullo á sus pergaminos, algunas preeminencias que les ayuden á perpetuar su dominacion, desencadenan guerras, como esta guerra maldita, no merecen, no, tener en los pueblos libres la dignidad de ciudadanos.

Pero Gambeta añadió á esta cláusula otra que yo altamente reprobé entónces. Gambetta declaró incapacitados para aspirar á la diputacion á todos los ministros, á todos los senadores y á todos los candidatos oficiales del Imperio. Fué aquélla una restriccion arbitraria al sufragio universal, restriccion que no puede defenderse ni por razones de justicia ni por razones de conveniencias políticas. Si Francia, al verse en el abismo de todas las desolaciones, al ahogarse en el diluvio de sangre que sobre ella ha llovido el Imperio, al tender la vista mortecina sobre las ruinas amontonadas en su privilegiado suelo y los cadáveres amontonados en las ruinas, elige á los viles cortesanos que, despues de haberla deshonrado en la opresion, la han vendido á la conquista, Francia, falta de todo instinto nacional, es un órgano muerto, corrupto, de la humanidad, y merece la suerte de Polonia; merece que su territorio sea desmembrado y maldecido su nombre. Yo creo

que es injuriar á Francia, que es proseguir la política autoritaria, que es sentar un funesto antecedente ese acuerdo, por el cual se votará la República como se votó el Imperio, entre listas de proscipciones, que la República no ha menester, porque es la expresion de la justicia y con su luz le basta para vivificar á los buenos y deshacer, como cadáveres insepultos, á los perversos.

El Gobierno de París envió uno de sus individuos, Julio Simon, á Burdeos, encargándole de promulgar un decreto de convocatoria en el cual ninguna de las conclusiones de Gambetta era reconocida. Julio Simon no tuvo periódico oficial donde publicar su decreto, porque Gambetta habia promulgado el suyo é impedido el que traian los miembros del Gobierno. En esto, Bismarck protesta tambien contra el decreto de Gambetta y dice que no se ha convenido el armisticio para traer una Asamblea de ese género, sino una Asamblea libremente elegida por toda la nacion y que á toda la nacion represente. Gambetta escoge la ocasion para sobreponerse al Gobierno de París y denunciar ante Francia que los excluidos por su decreto son los cómplices de la invasion, los cortesanos de Bismarck, los que entregarian cien veces, por restaurar su dominacion propia, al conquistador, en jirones la patria. Pero la fatalidad lo venció y tuvo que resignarse á su derrota.